

LA LIGA SANTA Y LA PAZ DE ITALIA (1569-1576)

Manuel Rivero Rodríguez
Universidad Autónoma de Madrid

1. Introducción: Iglesia y Monarquía

A comienzos del siglo XVII, Tomás Campanella, al hacerse la pregunta *¿debe buscarse y desearse la Monarquía Universal?*, consideraba que el orden natural, del mismo modo que existían dos luminarias celestes, exigía que "también las dos potestades, la eclesiástica y la secular, deben ser regidas por dos jefes supremos"¹. Este poder temporal residió indiscutiblemente en el Imperio hasta que la convulsión de la Reforma protestante desbarató el principio de la unidad de la Cristiandad; tras la Paz de Augsburgo (1555), las abdicaciones de Carlos V (1556) y la paz de Cateau Cambrésis (1559), se perfilaba en Europa un nuevo orden político en el que parecía imposible reconstruir aquello que Campanella había definido como un anhelo universal, presente —según él— a lo largo de toda la Historia. El Imperio, postrado e incapaz de ejercer la "jefatura" secular cedió su puesto a la Monarquía Católica, la cual, dada su extensión territorial, su potencia militar, la riqueza de su patrimonio y su unidad bajo la confesión católica, parecía naturalmente destinada a recoger su testigo².

No obstante, la predestinación universal de la Monarquía, que una larga tradición historiográfica nos la ha mostrado como algo consustancial a la misma, debe ser matizada³. Sin Roma no

¹ Tomás CAMPANELLA, *La Monarquía Hispánica*, ed. de Primitivo Mariño, Madrid 1982, p.277.

² Luis Díez DEL CORRAL, *El pensamiento político europeo y la monarquía de España*, Madrid 1983, pp.317-326.

³ La exaltación de la piedad del "rey prudente", consideró natural que Felipe II asumiera sin más unas tareas que otrora pertenecían al emperador, siguiendo la senda emprendida por su padre. Sobre este punto vid. W. H. PRESCOTT, *Historia de Felipe II*, vol.I, Madrid 1856, p.xvii y pp. 428-62; las obras de José FERNÁNDEZ MONTAÑA, *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, Madrid 1882, pp. 293-311 y *Felipe II el prudente y su política*, Madrid 1914, pp.97-101; W. T. WALSH, *Felipe II*, Madrid 1968, pp. 406 y ss.; Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, "Felipe II y la Contrarreforma católica", J. L. GONZÁLEZ NOVALÍN dir., *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, *Historia de la Iglesia en España* vol.III-2, Madrid 1980, pp. 13-19; Miguel de FERDINANDY, *Felipe II*, Barcelona 1988, pp. 62 y ss. Consignar las obras que parten de este supuesto de la misión del rey como *Defensor fidei* en base a su acendrado espíritu religioso sería interminable; para un acercamiento a la bibliografía sobre Felipe II y su fortuna historiográfica vid. Fernando J. BOUZA AÑARZ, "La fortuna historiográfica de Felipe II entre los siglos XVI y XVII. Pérdida y recuperación de la personalidad histórica del Rey Católico", en *El Escorial. Biografía de una época*, Madrid 1986, pp.310-8. Una reinterpretación de la "idea de Imperio" y del universalismo de la Monarquía, revisando el concepto la ofrece Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, "Imperio de por sí: La reformulación del poder universal en la temprana Edad Moderna", *Fragmentos de Monarquía*, Madrid 1992, pp.168-184.

había Imperio, Felipe II no podía actuar como su padre porque éste no le había conferido ni tan siquiera el vicariato imperial en Italia⁴, sin poderes ni insignias imperiales carecía del necesario reconocimiento de su liderazgo entre los príncipes cristianos, y para obtenerlo era precisa la sanción del Papa y su asociación con él⁵. Como veremos a lo largo de las siguientes páginas, tanto Felipe II como sus ministros y favoritos en la corte carecieron de una visión clara al respecto, y en lo que se refiere a la política desarrollada durante la formación de la Liga Santa con el Papa y Venecia, la posición de *Defensor Fidei* no respondió a un proyecto político elaborado a priori, o a la simple herencia de los postulados de Carlos V, sino que fue resultado de una serie de hechos y acontecimientos hacia los que la Monarquía hubo de dar respuesta y no siempre desde una posición "universalista" sino en defensa de sus propios intereses y necesidades, discrepantes en ocasiones con los del propio Papado⁶.

Ciertamente, la Monarquía Católica estableció en la confesionalidad su cohesión como entidad política diferenciada, dando sentido unitario a lo que de otro modo no hubiera sido nada más que un conjunto de estados patrimoniales con un príncipe común⁷. El papel conferido a la religión para dotar de unidad a la Monarquía hizo de las relaciones con el Papa un asunto de capital importancia, y ello por diversas razones, porque los súbditos y vasallos del monarca debían a su vez lealtad y obediencia a la Santa Sede, porque la Iglesia era un componente constitutivo de la sociedad y, como ya hemos señalado, porque sobre la catolicidad se sustentaba su cohesión tanto en lo que respecta al exterior como fundamentalmente en lo que respecta al orden interior de la misma⁸. Este último aspecto es determinante, la Iglesia proporcionaba los medios de los que se valía la corona para asegurarse amplios espacios de autoridad y gobierno: la Inqui-

⁴ M. J. RODRÍGUEZ SALGADO, *Un Imperio en transición*, Barcelona 1992, pp.245-254; Bohdan CHUDOB, *España y el Imperio (1519-1643)*, Madrid 1986, pp.71-76; Royall TYLER, *El emperador Carlos V*, Barcelona 1959 pp.131-137; H. G. KOENIGSBERGER, "El Imperio de Carlos V en Europa", en *Historia del mundo moderno de la Universidad de Cambridge*, vol.II, Barcelona 1980. Roma e Italia como son los elementos fundamentales de toda formulación política de signo imperial que aspire a la universalidad, valgan como ejemplo las observaciones de Federico Chabod a la idea de *Sacra Italia* de Cola di Rienzo: "Para Cola, espíritu profunda y sinceramente religioso, impregnado de doctrinas joaquinitas, que anhelaba restituir a Roma el Imperio, sí, pero también el Papado, ver nuevamente en la urbe los dos soles, la espada temporal y el pastoral; para Cola, Italia es *sacra* por ser la sede de los sucesores de Pedro, vicario de Cristo en la Tierra; *sacra* también por ser la sede de aquel imperio que, no hay que olvidarlo nunca, para el hombre del Medievo no es simplemente un "poder político" como lo sería para un hombre moderno, sino también un poder "sagrado" por así ser voluntad de Dios, con finalidad última religiosa y no política. *Sacra*, pues, como es *sacra* Roma, por ser tierra de los mártires y de las grandes basílicas cristianas, según lo habían repetido escritores y poetas del Medievo, de Prudencio en adelante, y según lo repetía justamente Cola di Rienzo, *sacra* por haber sido predestinada por Dios a ser el centro de los dos poderes, los dos aspectos de la *Ecclesia*: el espiritual y el temporal (*La idea de nación*, México 1987, pp.83-84).

⁵ Duque de MAIRA, "El designio imperial de Felipe II", Conferencia leída en el Instituto de Coimbra, Coimbra 10 de Junio de 1940.

⁶ Sobre el particular vid. Flavio RURALE, "Stato e Chiesa nell' Italia spagnola: un dibattito aperto", *Cheiron* n.º 17-18, anno IX, I semestre 1992, pp.357-380.

⁷ Vid. J. MARTÍNEZ MILLÁN, prólogo a J. MARTÍNEZ MILLÁN, *La Corte de Felipe II*, Madrid 1994; J. CARO BAROJA, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Madrid 1985, pp.173-187; Wolfgang REINHARD, "Etat et Eglise dans l' Empire entre Réforme et Absolutisme", J. Ph. GENET et B. VINCENT eds., *Etat et Eglise dans la genèse de l' Etat Moderne*, Madrid 1986, pp.175-185; desde una orientación sociológica sobre el papel de la religión en los "sistemas imperiales": S. N. EISENSTADT, *Los sistemas políticos de los imperios. La ascensión y caída de las sociedades burocráticas históricas*, Madrid 1966, pp.330-1.

⁸ Julián ZARCO CUEVAS, "Ideales y normas de gobierno de Felipe II", Conferencia pronunciada en la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia, Madrid 7 de Abril de 1927.

sición como aparato de control a través de su jurisdicción superior, el poder normativo de las autoridades eclesiásticas, la obtención de rentas eclesiásticas o la recaudación de la bula de Cruzada que aseguran a la Real Hacienda un importante volumen de ingresos, etc... Como subrayó Philipsson, si la Monarquía Católica hubo de asumir como propia la defensa de la catolicidad erigiéndose en protectora de la Iglesia, no fue por idealismo, sino por necesidad, para garantizar la estabilidad y el gobierno de sus dominios⁹.

Las prerrogativas que poseía la corona sobre la Iglesia como dispensadora de gracias, dignidades, o beneficios, y como detentadora o administradora de parte de sus rentas, se sustentaban sobre una base precaria ya que el Papa tenía en sus manos la facultad de abolirlas o derogarlas, por lo que el temor a perder estas prerrogativas obligaba a tenerlo políticamente sujeto¹⁰. Y además, a ello se añadía otro problema que no pasó desapercibido a los perspicaces ojos de los embajadores residentes en la Corte de Felipe II y que producía no poca preocupación al monarca, el problema de la doble lealtad de sus súbditos, la que le debían a él como rey, pero también la que le debían al Papa como fieles¹¹.

2. Política Católica

En una carta escrita por el embajador Fourquevaux a Catalina de Médicis, comentando las actividades del nuncio en Madrid, subrayaba que Pío V, elegido pontífice en enero de 1566, dirigía toda su actividad diplomática a buscar la concordia de todos los príncipes cristianos que, obtenida por su intermediación, le colocaría como líder y guía de todos ellos: "le Pape, selon son dire et du Sr. Nunce, travaille de toute sa force et à les conjoindre en una mesme volonté"¹².

⁹ MARTÍN PHILIPSSON, "Felipe II y el pontificado", en G. MAURENBERGER, M. PHILIPSSON, K. JUSTI, *Estudios sobre Felipe II*, Madrid 1887, pp. 90-128.

¹⁰ Sobre el particular vid. M. PHILIPSSON, art.cit. p.116 y ss.; Ricardo de HINOJOSA, *Felipe II y el cónclave de 1559*, Madrid 1889, pp.15-25; Ludwig von PASTOR, *Historia de los Papas*, vol. XV, Barcelona 1927, pp.63-91; W. T. WALSH, *Felipe II*, Madrid 1968, pp. 280-1; Cayetano ALCÁZAR MOLINA, prólogo a Luis FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, *España en tiempos de Felipe II (1556-1598)*, *Historia de España R. Menéndez Pidal*, tomo XIX, vol. I, Madrid 1958, p.xix. Sobre la importancia de las contribuciones y tributos del clero vid. Lucía CARPINTERO AGUADO, "Iglesia y Corte castellana en el siglo XVI: Contribución y tributos", *Hispania Sacra* 41 (1989) pp. 547-567.

¹¹ Como botón de muestra hemos recogido los testimonios del embajador veneciano Giovanni Soranzo (en su relación al Senado (1565), Eugenio ALBERI, *Le relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo decimosesto*, Firenze 1853, Serie I, vol.V, pp.93-96), del embajador francés Fourquevaux (en carta a Catalina de Médicis, Madrid 29 de Diciembre de 1565, M. A. DOUAIS, *Dépêches de M. de Fourquevaux. Ambassadeur du Roi Charles IX en Espagne. 1565-1572*, Paris 1896, vol.I, n.10, p.33) y del nuncio Campeggio (en carta al cardenal Borromeo, s.d. 1561, citado por F. GARCÍA CUELLAR, "Política de Felipe II en torno a la convocación de la tercera etapa del Concilio de Trento", *Miscelánea conmemorativa del Concilio de Trento*, Madrid-Barcelona 1965, p.58).

¹² Madrid, 24 de Marzo de 1567, P. A. DOUAIS, op.cit., I, pp. 193-194.

Desde la conclusión del Concilio de Trento, la Iglesia trató de recuperar la iniciativa política perdida en los años de la Reforma y situarse como autoridad preeminente de la Cristiandad, de la cual fueran subsidiarios los poderes temporales¹³. Para ello, además de promover la implantación de la doctrina emanada de Trento, era preciso dotar de un sentido moral a la política mediante una intensa campaña en las cortes de los príncipes católicos para que adecuasen sus relaciones exteriores a unas directrices doctrinales correctas, orientando la acción de los príncipes en un sentido cristiano y en defensa de la fe, a la vez que se condenaba la razón de Estado, es decir, la secularización de la política y su articulación exclusivamente patrimonialista¹⁴. En esta ofensiva ideológica y diplomática jugaron un papel esencial los jesuitas, quienes contribuyeron a pergeñar un nuevo modelo de Cristiandad Católica que reemplazaría el binomio Papa-emperador por el de Papa-príncipes temporales, bajo la noción de complementariedad¹⁵. El Papa, a cambio del reconocimiento de su dirección carismática, ofrecía su autoridad a los príncipes que le permanecían fieles como vía más segura para mantener su estabilidad y su integridad interior y exterior¹⁶.

La Compañía de Jesús, no sólo contribuyó al refuerzo de la política papal con una contribución doctrinal e ideológica, sino que también se constituyó en la herramienta o instrumento a través del cual los pontífices llevaron a cabo su política confesional y ello gracias a las características de la nueva orden: independencia respecto a autoridades temporales y eclesiásticas, vinculación exclusiva a la persona del pontífice y carácter internacional¹⁷. Pero además de la organización y disciplina de la orden, su voto de fidelidad al Sumo Pontífice y su firme compromiso por el engrandecimiento de la Santa Sede, la orden también se hizo acreedora de la función asignada por los papas por su especial relación con las elites políticas y culturales europeas. Ignacio de Loyola, fundador de la orden, fue perfectamente consciente de que el éxito de su proyecto dependía casi exclusivamente de la acepción de éste entre quienes ocupaban los puestos rectores

¹³ Paolo PRODI, "La sovranità temporale dei Papi e il Concilio di Trento", en H. JEDIN, P. PRODI eds., *Il Concilio di Trento come crocevia della politica europea*, Bologna 1979; J. LYNCH, "Philip II and the Papacy", *Transactions of the Royal Historical Society*, ser. 5, vol. 2 (1961) pp.23-42; Felipe ALONSO BARGENA, "El primado de Roma en el Concilio de Trento", *VV. AA., El Concilio de Trento*, Madrid 1945, pp.397-428; Bohdan CHUDOBIA, *España y el Imperio (1519-1643)*, Madrid 1986 pp.101-6.

¹⁴ William J. BOUWMA, *Venice and the Defense of Republican Liberty. Renaissance Values in the Age of the Counter Reformation*, Berkeley-Los Angeles 1968, pp.293-338; Friedrich MEINEKE, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid 1983, pp.51-52.

¹⁵ Giuseppe SARTI, *La Scolastica del secolo XVI e la politica dei gesuiti*, Torino 1911 (citado por J. CARO BAROJA, *Las formas...* op.cit. pp.596-7); J. N. FIGGS, "Las ideas políticas en el siglo XVI", *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge*. Vol.VI. *Las Guerras de Religión*, Buenos Aires 1913, pp.655-659 (resume las conclusiones de su trabajo "Some Political Theories of the Early Jesuits", *Transactions of the Royal Historical Society*, vol.XIII, London 1899).

¹⁶ P. PRODI, *Il Sovrano Pontefice. Un corpo e due anime. La monarchia papale nella prima età moderna*, Bologna 1982, pp.318-9.

¹⁷ A. D. WRIGHT, *Catholicism and Spanish Society under the Reign of Philip II, 1555-1598, and Philip III, 1598-1621*, Lewiston-Queenston-Lampeter 1991, pp.161-187; Louis CHATELLIER, *The Europe of the Devout. The Catholic Reformation and the Formation of a New Society*, Cambridge 1989, pp.3-13; Michel de Certeau, *Política e mística*, Milano 1975, pp.13-19.

de la sociedad, y alentó a sus discípulos a cultivar las relaciones con el poder y buscar su protección, para canalizarlo en favor suyo y de sus actividades¹⁸.

Respecto a los planteamientos pontificios, la mayor parte de los poderes temporales no parecían estar dispuestos a "confesionalizar" sus relaciones diplomáticas y había fuertes y profundas reticencias para aceptar sin más la vertebración de la política exterior bajo la dirección carismática del Papa, de cuyas intenciones se desconfiaba¹⁹. Fue la acción decidida de los jesuitas y su red de contactos la que contribuyó a modificar comportamientos y aplacar recelos, gracias a sus contactos privilegiados en las altas instancias de las cortes europeas y sobre todo en la Corte de Felipe II²⁰.

Desde el comienzo de su reinado, el *rey prudente* había fijado la acción exterior de la Monarquía Católica sobre un principio fundamental: la conservación. Se puede aducir que este principio lo constituía el catolicismo y no es menos cierto que sobre dicha confesión se llevó a cabo una profunda remodelación de la sociedad y del gobierno que aseguró, a través de la religión, la unidad, la fidelidad de los súbditos y la cohesión de la Monarquía. Pero, este proceso de confesionalización iba inseparablemente unido a una concepción "conservacionista", "mutatione di religione" era invariablemente "mutatione di stato", provocando la pérdida de autoridad, de jurisdicción y patrimonio, como era palpable en Francia y en el Imperio²¹. Es decir, el confesionalismo constituyó el pilar del gobierno interior de la Monarquía, pero no así del exterior, donde una política de estas características podía ser inconveniente (haciéndose uso del disimulo), ello explica las relaciones amistosas mantenidas con Isabel I de Inglaterra hasta la década de 1570, para preservar los Países Bajos de las apetencias francesas, o el apoyo a los habsbúrgos de Túnez o a

¹⁸ J. M. GRANERO, *San Ignacio de Loyola*, Madrid 1984, p.189. Ribadeneyra apuntó en esta estrategia el éxito de la Compañía de Jesús y su rápida implantación, gracias a estos apoyos eludió incluso el debate teológico o doctrinal que algunos de sus métodos pudieran suscitar. Pedro RIBADENEYRA, *Vida de San Ignacio de Loyola*, Madrid 1946, pp.219-22. En Inglaterra y Alemania, se mostró de forma fehaciente cómo esta relación con las elites sirvió para articular la contrarreforma, los jesuitas a través del cardenal Pole, trataron de influir en la restauración católica de Inglaterra, tratando de obtener el patrocinio de la reina María I para establecer escuelas y seminarios desde los que los jesuitas podrían ejercer su magisterio en la educación de las elites; Federico EGUILUZ, *Robert Persons "el archi-traidor"*, Madrid 1990, pp. 21 y ss. En Austria y Alemania, Pedro Canisio concentró sus esfuerzos en la Corte, tanto en la ducal de Baviera como en la Imperial de Viena y Praga. Sobre el particular vid. Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola. Nueva Biografía*, Madrid 1986, pp.868-873; Pier Giorgio CARON, *Corso di Storia dei rapporti fra Stato e Chiesa*, vol. II, Milano 1985, pp.14-15; Walter GOETZ, "La Contrarreforma en Alemania", en *La época de la revolución religiosa. La Reforma y la Contrarreforma (1500-1600)*, 9 ed. Madrid 1975, pp. 361-389.

¹⁹ En 1569 el Papa concedió a Cosme de Médici el título de Gran Duque de Toscana. Este ejercicio de soberanía irritó al emperador Maximiliano II y al rey católico, invadiendo atribuciones del poder temporal que no le correspondían se temía que el pontífice recrease un mundo sin Imperio donde fuese absorbiendo una autoridad suprema e indiscutible en el plano secular y que iba en consonancia con su proyecto confesional. Vid. Francesco M. CARINI, *Monsignor Niccolò Ormaneto, veronese, vescovo di Padova, nunzio apostolico alla Corte di Filippo II Re di Spagna (1572-1577)*, Roma 1894, pp.73-74; Ricardo HINOJOSA, *Los despachos de la diplomacia pontificia en España*, Madrid 1896, pp.178-187; Eladi ROMERO GARCÍA, *El imperialismo hispánico en la Toscana durante el siglo XVI*, Lérida 1986, pp.115-116.

²⁰ J. MARTÍNEZ MILLÁN, "Grupos de poder en la Corte durante el reinado de Felipe II: la facción ebolista, 1554-1573", en J. MARTÍNEZ MILLÁN ed., *Instituciones y élites de poder en la Monarquía Hispánica durante el siglo XVI*, Madrid 1992, pp. 149-160; J. M. de QUIROZ VELLOSO, *Don Sebastián (1554-1578)*, Madrid 1943, pp.22-27, 30-32; R. GARCÍA VILLOSLADA, op.cit., pp.642-74.

²¹ J. MARTÍNEZ MILLÁN, "Un curioso manuscrito: el libro de gobierno del cardenal Espinosa (1512?-1572)", *Hispania*, vol. LIII/183 (1993), pp. 299-344.

los reyes de Fez, príncipes musulmanes que contrarrestaban el empuje otomano y argelino en el Mediterráneo Occidental²².

Sin embargo, en la Corte de Felipe II no existía un claro consenso en política exterior; aunque esta concepción de la política era mantenida por el rey y defendida por el duque de Alba, siendo al fin y al cabo el núcleo de la educación política que ambos habían recibido (patrimonialista y dinástica), existía un amplio sector entre los cortesanos, ministros y consejeros del monarca, agrupados en torno al favorito, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli, que disientían respecto a estos principios y abogaban por adecuar la política de "conservación" a una decidida acción confesional en el exterior, desarrollando una política católica. De este modo, la rivalidad existente entre los dos principales ministros de la Monarquía, Alba y Eboli, no sólo se circunscribía al enfrentamiento personal y a la competencia por el favor del rey, sino que también tenía unas claras connotaciones ideológicas, Ruy Gómez, vinculado a los jesuitas, coincidía en gran parte con los puntos de vista de los pontífices, Alba, por el contrario y tal vez por su experiencia adquirida tras la guerra con el Papa Paulo IV veía con recelo toda pretensión universalista dirigida por el pontífice, prefiriendo que en lo político el Papado estuviera bajo control²³. Aunque Eboli gozase de una mejor relación personal con el rey²⁴, en los asuntos de política exterior Felipe II confiaba en Alba, debido a su mayor experiencia y conocimiento de estas materias, fundamentalmente en lo que respectaba a las relaciones con Roma²⁵.

A lo largo de la década de 1560, la corona siguió las premisas de la política tradicional de conservación, sin desviarse del interés patrimonial en sus relaciones exteriores. Cuando en Marzo de 1566, Pío V planteó por vez primera la Cruzada contra el turco y solicitó a Felipe II que uniese sus fuerzas con el emperador para frenar la expansión otomana, Requesens sugirió "que convendría que VM dicesse al Papa que dexasse a VM la defensa de la cristiandad y que él le ayudasse con concedelle las cosas justas que por su parte se le pidiessen"²⁶. Esta era toda la po-

²² Manuel FERNÁNDEZ ALVAREZ, *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*, Madrid 1951, pp. 132-135; Henry KAMEN, "La visión de España en la Inglaterra isabelina", H. KAMEN-J. PÉREZ, *La imagen internacional de la España de Felipe II: "Leyenda negra" o conflicto de intereses*, Valladolid 1980, pp.39-42; Andrew C. HESS, "La batalla de Lepanto y su lugar en la Historia del Mediterráneo", J. H. ELLIOTT, ed., *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona 1982, pp.90-114; F. BRAUDEL, op.cit., vol.II, pp.554-556.

²³ José MARTÍNEZ MILLÁN, "Grupos de poder en la Corte durante el reinado de Felipe II: La facción ebolista, 1554-1573", en J. MARTÍNEZ MILLÁN ed., *Instituciones...* op.cit. pp.137-197; Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, "Felipe II y los 'potentados de Italia'", *Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome*, LXIII, 1993, pp.337-370; William S. MALTBY, *El gran duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Madrid 1985, pp.115-137.

²⁴ Michele Soriano consideraba que Eboli gozaba de mayor autoridad por gozar de la amistad privada del rey, pero que aquel no prescindía de Alba por ser más perseverante, buen conocedor de los negocios y por su vasta experiencia en las materias de Estado. E. ALBERI op.cit. serie I, vol.III, p.381. En general, los embajadores venecianos consideraban a ambos personajes mediocres y poco dotados para los asuntos políticos, siempre considerando a Alba algo mejor dotado que Eboli (vid. rel. de Soriano, ibidem. p.381, de Marcantonio da Mula —1559—, ibidem. pp.397-8, de P. Tiepolo —1563— ibidem. vol.V p.68, de G. Soranzo —1565— ibidem. p.89 y de A. Tiepolo —1567— ibidem. p.147), aunque Tiepolo en 1563 subrayará que ambos gozan de su posición porque el rey "per carestia di buoni consiglieri ha bisogno di lui" ibidem. vol.V p.68.

²⁵ Así se lo comunicó el rey al nuncio Raverta, que sólo había consultado la cuestión con Alba. Raverta al cardenal Borromeo, 18 de Junio de 1561, en Fidel GARCÍA CUELLAR, art.cit. p.53.

²⁶ Juan BENEYTO, *España en la gestación histórica de Europa*, Madrid 1975 p.335.

lítica católica que el sector "patrimonialista" había estado dispuesto a tolerar²⁷, lo cual estaba en contraposición al empeño pontificio por hacer valer su "plena potestad", entendiendo solamente por política católica la que emanaba de la dirección de Roma²⁸.

La propia naturaleza de la Monarquía obligaba a no echar en saco roto las pretensiones del pontífice y a tener que atenderlas para evitar graves daños de orden interno; tras el decreto de suspensión de indulgencias dictado por el Concilio de Trento el 4 de Diciembre de 1563, la Cruzada y otros impuestos eclesiásticos de los que disfrutaba la Monarquía no tenían ya razón de ser y no eran admisibles en el nuevo contexto de Reforma, la negativa de Pío V a prorrogarlos fue, además de un duro golpe, una llamada de atención sobre el poder y autoridad del pontífice y de como podía emplearlo si se ignoraban sus demandas²⁹.

Las iniciativas reformistas de Pío V colocaron las relaciones corona-pontificado en uno de sus momentos más bajos, para la Monarquía la pérdida de dichas concesiones era considerada como un atentado a su soberanía y dignidad, que veía mermadas su autoridad y jurisdicción³⁰. Ahora bien, la autoridad del Papa para tomar ésta y, si era su voluntad, otras decisiones más graves obligaban, como irónicamente observara un embajador veneciano, a que no pudiesen menospreciarse los "caprichos" del pontífice y ciertamente se equivocaban quienes creían que el Papa se iba a conformar a estar "sujeto" y jugar el papel de "creature" del Rey Católico³¹.

Doblegar la voluntad del Papa por medio de la coacción, movilizándolo para ello la red de clientes de la corona en Italia (como pretendían algunos miembros del sector cercano a los postulados de Alba³²) se reveló como una insensatez, nadie quería que se reprodujesen los acontecimientos que condujeron a la guerra con Paulo IV, y además, para hacer más patente la firmeza de su política, Pío V condenó veladamente el *placet* y el *exequatur regio* en la Bula *In Coena Domini* de la Pascua de 1568, negando de este modo la facultad del poder temporal para intervenir en el orden eclesiástico³³. La presión sobre la Corte hispana tuvo los efectos deseados y en 1569 ésta decidió prestar oídos a las demandas del pontífice, a cambio, la Curia atemperó su política agresiva, dejó a un lado sus exigencias jurisdiccionales y presentó a Felipe II un proyecto de Cruzada³⁴.

²⁷ Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México 1976, vol. II, pp. 498-501.

²⁸ Bohdan CHUDOBIA op.cit. p.105, Fernand BRAUDEL, op.cit., vol. II, pp. 502-6.

²⁹ M. PHILIPPSON, art. cit., p. 128.

³⁰ Ismael SÁNCHEZ BELLA, "Iglesia y Estado español en la Edad Moderna (siglos XVI y XVII)", VV.AA., *El Estado español en su dimensión histórica*, Málaga 1984, pp.131-160. En una carta de Felipe II a Pío V, fechada en Madrid a 27 de Junio de 1567, se manifestaba la voluntad de no renunciar a "tan antiguo uso de la Yglesia aprobado y acostumbrado por los predecesores de Vuestra Santidad, con los principes Christianos, mis predecesores en estos reynos, con fundamento y fin tan pio y christiano y tan enderezado al servicio de Dios Nuestro Señor y a honra de su Santa Fee y Religión para su continua defensa", BL. Add. 28357, f.3.

³¹ Sigismondo di Cavalli, relación de 1570, E. ALBERI, op.cit., Serie I, vol. V., p. 186; L. von PASTOR, op. cit., vol. XVII, pp. 54-83.

³² Requesens a Felipe II, Roma 15 de Enero de 1567; Luciano SERRANO, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V*, Madrid 1914, vol. II, p. 21.

³³ *Ibidem*, vol. III, pp. xiv-iv.

³⁴ *Ibidem*, pp. xiv-bii.

3. Cruzada y confesionalización de las relaciones internacionales

A pesar de los continuos tropiezos habidos con Felipe II, Pío V no se arredró a la hora de hacer efectiva su política confesional. No dudó en enviar su propio ejército para intervenir del lado católico en las guerras civiles de Francia³⁵, en ayudar a la reina de Escocia para reprimir a los rebeldes protestantes o en fomentar la sedición de los católicos ingleses contra Isabel I³⁶. La política pontificia de ofensiva católica, iba mucho más lejos de la recuperación del terreno perdido desde 1517, dentro de ella ocupaba un lugar muy importante la proclamación de una Cruzada contra el infiel, como medio por el cual el Papado adquiriría la dirección carismática de los príncipes cristianos, agrupándolos en una empresa común y trascendente, estableciéndose entre el Papado y los poderes seculares un "mutuo charitatis vinculo", que los hacía complementarios y en donde el pontífice ejercía el papel de un guía paternal³⁷.

Uno de los principales responsables de la elaboración del ideal de Cruzada de Pío V, tanto en sus rasgos ideológicos como en su puesta en práctica, fue Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesús, que alentó la formulación de este proyecto como medio por el cual el pontífice recuperaría su primado³⁸. Cabe decir, que la idea no era original suya y que ya había sido expuesta por Ignacio de Loyola en los últimos años de su vida, quien ya apreciara la importancia de la Cruzada, no solo por la necesidad de frenar el peligroso avance del Imperio Otomano, sino por sus beneficiosos efectos para propiciar la unidad de los cristianos³⁹. Pero, como señalamos antes, la Compañía de Jesús no sólo estuvo presente en la configuración ideológica del proyecto, sino que también intervino decisivamente en la consecución del mismo, Borja facilitó los contactos de alto nivel entre los agentes pontificios con ministros y cortesanos de Felipe II, actuando como enlace entre el partido ebolista y el entorno de Pío V⁴⁰. Además, obtuvo el nombramiento de Marco Antonio Colonna como almirante en jefe de la flota pontificia, protegido del Papa, amigo de Eboli y benefactor de la Compañía de Jesús, con ello se esperaba que el general romano fuera más adelante quien comandase la —todavía en proyecto— escuadra cristiana⁴¹.

Mientras los jesuitas y el partido ebolista presionaban para que la Corte española se comprometiese en el proyecto y preparaban el terreno para crear un clima de opinión favorable al mismo, el desembarco de un gran ejército turco en Chipre a finales de 1569 obligó a acelerar y materializar la Cruzada. Los venecianos solicitaron ayuda al Papa y pidieron la puesta en marcha de los pre-

³⁵ Pío V al nuncio en París, Roma 16 de Octubre de 1567, *Ibidem*, vol. II, p. 228, nota 1.

³⁶ M. FERNÁNDEZ ADARÉ, *Tres embajadores...*, op. cit. pp. 132-135.

³⁷ Hubert JEDIN, "Die Heilige Liga und Der Kreuzzugsgedanke", Gino BENZONI ed., *Il Mediterraneo nella seconda metà del '500 alla luce di Lepanto*, Firenze 1974, pp. 195-197 y 207. Sobre el particular vid. también P. PRODI, op. cit., pp. 335-336.

³⁸ Pedro RUBADENEYRA, *Historias de la Contrarreforma*, Madrid 1947, pp. 796-8; Angelo TAMBORRA, *Gli Stati italiani, l'Europa e il problema turco dopo Lepanto*, Firenze 1961, p. 12.

³⁹ Ignacio de Loyola en 1552, envió a Juan de Vega —virrey de Sicilia— el proyecto de Cruzada contra el turco, pidiéndole que lo presentase a la atención del emperador, Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, op. cit., pp. 873-5. Sobre el particular vid. también H. JEDIN, art. cit. p. 197.

⁴⁰ Fco. de Borja a Juan de Borja, MHSJ. *Sanctus Franciscus Borgia*, vol. 5, p. 63, nota 3.

⁴¹ Cartas de Fco. de Borja a C. Rodericio, Roma 3 a 21 de Junio de 1570. *Ibidem*, vol. 5, pp. 411, 413-14, 415-16.

parativos militares de la alianza para defender la isla, punto estratégico para cualquier acción contra Constantinopla o Tierra Santa, objetivos últimos de la Cruzada. Estas circunstancias obligaban a pasar de las palabras a los hechos y, en marzo de 1570, se envió a España un legado extraordinario del pontífice, D. Luis de Torres, para obtener la inmediata adhesión del rey católico al proyecto y dar comienzo a la empresa antes de que los turcos se hiciesen dueños absolutos del Mediterráneo Oriental⁴². La premura del pontífice y los venecianos chocó sin embargo con el rechazo hispano a acelerar los preparativos para movilizar una flota hacia Levante, y es que no era precisamente el momento más oportuno para ello, había estallado una grave sublevación de los moriscos del reino de Granada y toda la atención de la Corte se concentraba en la forma de resolver este problema. Y no era para menos, un conflicto de esta magnitud, en las puertas de Castilla, corazón de la Monarquía, era mucho más preocupante y tenía prioridad sobre cualquier otro asunto o negocio, si los moriscos granadinos recibían ayuda del Imperio Otomano y les secundaban en la revuelta sus correligionarios de Valencia y Aragón, la catástrofe podía ser inimaginable⁴³.

Ante la prioridad que representaba la pacificación del Reino de Granada, las perspectivas para realizar la campaña de Chipre parecían bastante negras y Luis de Torres no pudo ocultar su pesimismo en sus informes a Roma, sin embargo y contra todo pronóstico, Felipe II dio orden de empezar los tratos para cerrar el acuerdo con Venecia y el Papa⁴⁴. Torres, haciendo gala de su habilidad diplomática había concentrado sus gestiones en la persona del cardenal Espinosa, que desde hacía poco tiempo se había situado como favorito del rey (por encima de Alba y Ebo-li) y a través de cuyo ascendiente el monarca fue convencido de la bondad de la campaña levantina; esta capacidad de persuasión y el dominio que ejercía el cardenal sobre todos los asuntos y materias hizo que el legado pontificio y el embajador veneciano, llegaran a pensar que su poder era como el del rey mismo, al cual suplantaba en su privanza⁴⁵.

Aunque la apreciación de los italianos era un poco exagerada, lo cierto es que con la prianza del cardenal Felipe II creyó restablecer la concordia en la Corte, subsumiendo bajo el control de Espinosa el mantenimiento del equilibrio faccional, aunque éste, una vez que se hizo con los resortes del poder, fue marginando a ebolistas y alistas para constituir su propio partido y seguir un camino independiente⁴⁶. Ello le acarreó la enemistad de un amplio sector cortesano, que es-

⁴² A. DRAGONETTI DE TORRES, *La Lega di Lepanto nel carteggio diplomatico inedito di Don Luys de Torres, nunzio straordinario di San Pio V a Filippo II*, Torino 1931, pp.10-22; Ricardo HINOJOSA, *Los despachos de la diplomacia pontificia en España*, Madrid 1896, pp.188-193.

⁴³ JOAN REGLA, "La cuestión morisca y la coyuntura internacional en tiempos de Felipe II", J. REGLA, *Estudios sobre los moriscos*, Barcelona 1974, pp.195-218; EMILIA SALVADOR ESTEBAN, *Felipe II y los moriscos valencianos. Las repercusiones de la revuelta granadina (1568-1570)*, Valladolid 1987, pp.16-25.

⁴⁴ L. SERRANO, *España en Lepanto*, El Escorial 1986, pp.15-23.

⁴⁵ Sigismondo Cavalli y Leonardo Donà al Senado veneciano, Madrid 6 de Julio de 1570, M. BURNETT-E. Vitale, *Corrispondenza da Madrid di Leonardo Donà, 1570-1573*, Venezia 1963, vol.I, n.25 p.48. Sobre la prianza de Espinosa vid. los trabajos de JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN: "Un curioso manuscrito: El libro de gobierno del cardenal Diego de Espinosa (1512-1572)", *Hispania*, vol. LIII/183 (1993), pp. 299-344, y "En busca de la ortodoxia: El Inquisidor General Don Diego de Espinosa" en J. MARTÍNEZ MILLÁN dir., *La Corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp.189-228.

⁴⁶ Sobre Espinosa como "pacificador" de las rivalidades faccionales vid. M. de Fourquevaux a Carlos IX, Madrid 24 de Marzo de 1567, C. DOTUAS, op.cit., I, n.79, p.196; Rel. di Sigismondo Cavalli di 1570, E. ALBERI op.cit. serie III vol. V p.180; en cuanto a la constitución de un partido propio vid. J. MARTÍNEZ MILLÁN "En busca...", art.cit. pp.196-228.

taba acechando cualquier error para forzar su caída en desgracia, encontrando una excelente oportunidad para conseguirlo con el conflicto granadino, cuyo estallido se achacó a la ineptitud política del cardenal⁴⁷. En la oferta de Cruzada, se le presentó al cardenal una baza política con la que ganar reputación y recuperar parte de su prestigio ante el monarca, por ello, advirtió al legado pontificio que como condición previa a toda negociación y como gesto de buena voluntad del Papa, "antes de nada", se debía conceder la Cruzada y ratificar todas las prerrogativas de la corona, a lo cual accedió inmediatamente Pío V por la llamada "Bula de la Hermandad" de 1570⁴⁸.

Es probable que Espinosa no se esperase una respuesta tan rápida, cogiéndole por sorpresa la celeridad del Santo Padre, las concesiones obtenidas eran un triunfo personal, pero también sirvió para que arreciasen las críticas contra su persona. Era obvio que en aquellas circunstancias no se podía movilizar una escuadra hacia levante, que era necesaria para mantener el bloqueo marítimo del reino de Granada, imponiéndose una estrategia dilatoria y dar satisfacción al pontífice y Venecia cuando el problema morisco pareciese resuelto; esto provocó que, por una parte el sector "propontificio" le acusase de duplicidad y de no querer cumplir el compromiso adquirido y que, por otra, el duque de Alba criticase agriamente su decisión, alarmado porque habiendo frentes abiertos en Granada y los Países Bajos, y existiendo además una amenaza cierta sobre la península ibérica desde el Norte de África, no tenía sentido mandar una escuadra a liberar Chipre⁴⁹. Además, los enviados venecianos y papales, aprovechando la difícil posición del cardenal y la necesidad que tenía de la concesión de subsidios y gracias pontificias, presionaron para que se adquirieran compromisos y obligaciones que fueran mucho más allá de la buena voluntad para negociar y del simple inicio de conversaciones en Roma, siendo preciso poner en marcha la maquinaria militar aun a pesar de que no se hubiera firmado el tratado de alianza. No podían actuar de otra manera, dado lo avanzado de la campaña estival y la rápida ocupación turca de Chipre, donde el invasor había puesto sitio a la capital, Nicosia⁵⁰.

⁴⁷ Ignacio J. Ezquerro Revilla, "El ascenso de los letrados eclesiásticos: El presidente del Consejo de Castilla Don Antonio Mau-riño de Pazos", J. Martínez Millán dir., *La Corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp.271-274.

⁴⁸ S. Cavalli y L. Donà al Senado, Sevilla 12 de Mayo de 1570, M. Brunetti-E. Vitale, op.cit., I, n.15, p.26; "Memoria de las gracias que Su Magestad Católica pide a Su Santidad para venir en la liga", s.d., AZ. C.90 nos.7 y 8. Instrucciones sobre el particular de Felipe II al embajador Zúñiga, Sevilla, 16 de Mayo de 1570, L. Serrano, *Corresp...* op.cit. vol.III p.335; M.^a Dolores Cruz Arroyo, *El Consejo de Cruzada (siglos XVI-XVII)*, Memoria de licenciatura leída en la Universidad Autónoma de Madrid, Febrero 1988, ejemplar dactilografiado, p.100.

⁴⁹ Sobre la posición de Alba vid. carta a Don Hernando de Toledo, Octubre 1570, E.A. vol. II n.º1168 pp.447-52; señala Dragonetti de Torres que el príncipe de Eboli y el secretario Antonio Pérez hicieron todo lo posible para que se adquiriese un compromiso inmediato (op.cit. introducción); Espinosa aparentó secundar la iniciativa, pero en privado arguía que había atendido las peticiones pontificias sólo para obtener ventajas materiales como la renovación de la Cruzada y otras concesiones, sin tener ninguna intención de participar en los proyectos papales, tal y como manifiesta en sus cartas al embajador Requesens —26 de Julio de 1570—, también opuesto a la iniciativa del romano pontífice, a quien el cardenal tranquiliza asegurándole que el rey y la Corte conceden más importancia "a lo de las Alpujarras que a lo de Italia" (J. M.^a March op.cit. p.65).

⁵⁰ Luis de Torres al cardenal Alessandrino, 24 de Abril, 20 de Mayo y 29 de Julio de 1570, A. Dragonetti de Torres, op.cit., pp.97-115, 141-161, 204-209; S. Cavalli y L. Donà al Senado, Sevilla, 11 y 12 de Mayo de 1570, A. Brunetti-E. Vitale, op.cit., I, nos. 14 y 15, pp.24-26.

Aun así, Espinosa mantuvo su táctica dilatoria, con el objeto de ganar tiempo nombró como plenipotenciarios para discutir la alianza con Roma y Venecia a conocidos adversarios del proyecto, el cardenal Granvela, el cardenal Pacheco de Toledo y el embajador Zúñiga, con el objeto de dificultar el curso de las negociaciones, sin embargo, las firmeza de Pío V, que amenazaba con quitar lo que había concedido, dejaba muy poco margen de maniobra⁵¹. El Papa, dueño de la situación contaba además con el apoyo del príncipe de Eboli y sus partidarios, opuestos a Espinosa y dispuestos a hacer realidad la Cruzada⁵², los cuales, por vía de los jesuitas, y en particular de su general, Francisco de Borja, fueron minando los obstáculos interpuestos por Espinosa y el sector albista, que coincidían en su poca disposición a secundar el proyecto papal⁵³. Borja, tras haber conseguido que Colonna fuera nombrado informalmente *generale dell'armata del papa* movilizó su influencia para que el mando supremo de la flota también recayese en él, lo cual se obtuvo mediante una hábil maniobra aparentemente fortuita⁵⁴. Dada la necesidad apremiante de socorrer Chipre, se decidió provisionalmente "juntar las armadas" bajo el mando pontificio, mientras seguían celebrándose las negociaciones para concluir un tratado de alianza. Casi automáticamente, y a renglón seguido de tomada esta provisión, el 5 de Junio de 1570 Pío V anunció el nombramiento de Colonna como general en jefe de la escuadra pontificia⁵⁵. Aunque se ha considerado dicho nombramiento como fruto de una decisión precipitada del Papa, producto de las prisas y la improvisación del momento, ésta había estado perfectamente meditada y preparada en Roma y en Madrid, por el círculo "propontificio" cuyos principales promotores eran Eboli, Borja y Pío V⁵⁶. Sin duda, los tres se apuntaron un éxito rotundo al situar la iniciativa de la "Cruzada" bajo la dirección papal, como lo demuestra la sorpresa, el estupor y la indignación de los plenipotenciarios españoles en Italia, que se sintieron víctimas de un engaño⁵⁷.

A pesar de las protestas, el 15 de Julio de 1570, Felipe II ordenó a sus mandos en Italia, especialmente al almirante Andrea Doria, que se pusieran a las órdenes del general pontificio — al que se envió copia de esta orden⁵⁸—. A los adversarios del proyecto solo les quedaba el re-

⁵¹ La hostilidad de Granvela se manifestó siempre sin disimulo, al respecto Colonna escribió que, en su opinión, sólo quería la Liga si esta significase el sometimiento de los venecianos *parendoli che i veneziani venissero alla Lega per necessità e non per virtù avriano sostenuto ogni grave condizioni*, Alberto GUGLIEMOTTI, *Marco Antonio Colonna alla battaglia di Lepanto*, Firenze 1862, p.122. Sobre las reticencias de los plenipotenciarios y los términos de las negociaciones, ibidem. p.132 y L. von PASTOR, op.cit. vol. XVIII, pp.324-334.

⁵² Sobre la enemistad de Eboli a Espinosa, Rel. de Sigismondo di Cavalli (1570), E. ALBERT, op.cit., Serie I, vol.V, p.180. J. MARTÍNEZ MILLÁN, "En busca...", art.cit. pp.213-216.

⁵³ Colonna regresó de su viaje a la Corte de Felipe II en Abril o Mayo de 1570, con lo que su estrategia y la del pontífice no parece que fuera improvisada, L. SERRANO, *Corresp...* op.cit. vol.III, p.113 nota 1. El 15 de Septiembre de 1571, Colonna escribió a Francisco de Borja apesadumbrado por la hostilidad del grupo dominante en la Corte y ponía su cargo a disposición del general de los jesuitas, agradeciéndole tanto a él como a Ruy Gómez los desvelos que se habían tomado para que hubiese sido aceptado por Felipe II. Con esto, favorecería la autoridad y el mando de D.Juan de Austria encareciéndoles *raccomandar me a questo Signore*. Reproducido en A. GUGLIEMOTTI, op.cit., pp. 181-3.

⁵⁴ C. Rodericio a F. de Borja, Roma 3 de Junio de 1570. MHSJ. *Sanctus Franciscus Borgia* vol.V pp. 411.

⁵⁵ *Ibidem.*, p.456.

⁵⁶ C. Rodericio a Borja, Roma 7 de Junio de 1570, y del mismo al mismo de 16 de Junio de 1570, ibidem. pp.413-414 y pp. 415-416 respectivamente.

⁵⁷ Zúñiga a Felipe II, Roma 5 de Junio y 10 de Agosto de 1570, L. SERRANO, *Corresp...* op.cit. vol.III, p.376 y p.497, respectivamente.

curso de obstaculizarlo y, al poco de iniciarse la campaña, la flota cristiana se vió sumida en graves problemas internos que anularon su operatividad⁵⁹. Braudel insinúa al respecto, una abierta incapacidad de Colonna para ejercer el mando y hacer valer su autoridad⁶⁰, sin embargo la causa fue más bien la indisciplina del almirante Doria quien, con la excusa de tomar precauciones tácticas, y siguiendo instrucciones de la Corte (que obedeció gustoso porque además de amigo de Alba era enemigo de Colonna), hacía navegar de forma lentísima a sus galeras, frenando y entorpeciendo el avance de la escuadra cristiana⁶¹. Así, cuando ésta llegó a la costa de Asia Menor, se conoció la noticia de que el 9 de septiembre los turcos habían tomado Nicosia, cayendo toda la isla excepto Famagusta, que se daba ya por perdida. A la vista de la inutilidad del socorro de Chipre, con graves disensiones entre los mandos y sin que en Roma se hubiese alcanzado la firma de la alianza de la Santa Liga, se decidió que la flota regresara a sus bases⁶².

Los magros resultados de la campaña hicieron que en la Corte se alzaran con fuerza las voces de quienes eran contrarios a la alianza con el Papa y el duque de Alba no dudó en señalar que era el momento de retirarse de la empresa habiéndose ya obtenido las concesiones papales⁶³. Había poderosas razones para ello, sobre todo porque parecían cumplirse los temores de aquellos que, como Alba, habían augurado en el Consejo de Estado que una política efectuada bajo estos presupuestos provocaría la unión de los protestantes, que acudirían en ayuda de sus correligionarios flamencos, porque desde el mundo protestante, la Cruzada se interpretaría como una coalición ofensiva y defensiva cuyo objeto sería reconstruir la Cristiandad bajo la autoridad de Roma (de hecho se tuvo noticias de conversaciones entre príncipes protestantes alarmados por la alianza entre Venecia, el Papado y la Monarquía)⁶⁴. La bula "Regnans in Excelsis"

⁵⁸ A.Z. C.51 n.º2

⁵⁹ Básicamente debido a la continuada desobediencia de Doria a Colonna, vid. Bartolomeo SERENO, *Commentarii della guerra di Cipro e della Lega dei Principi Cristiani contro il turco*, Monte Cessino 1855, nota 11 pp. 385-6.

⁶⁰ Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, México 1976, vol. II pp. 478-584.

⁶¹ Esta enemistad arrancaba de antiguo, por una disputa surgida de la interpretación del contrato matrimonial por el cual enlazaron Juan Andrea Doria y una hermana de Colonna, vid. cartas del duque de Alba al emperador de 24 de Julio y 5 de Agosto de 1555, EA. vol. I nos. 248 y 254, págs. 274 y 284-6. La actitud de Alba, en favor de Doria, junto con su actitud durante la guerra contra Paulo IV en la que el duque no dudó en sacrificar los intereses de los Colonna, hizo que el general romano se manifestase siempre hostil al grupo albista, vid. Leone VICCHI, *Marcantonio Colonna il vincitore di Lepanto*, Paenza 1890, pp. 16-17. La antipatía mutua que se profesaban Doria y Colonna mereció un comentario de Cabrera de Córdoba, op.cit. vol. III, p.60. La desorganización y los problemas surgidos no fueron fortuitos, había tras ellos un claro propósito de la parte hispana por forzar las negociaciones, así el mismo 15 de Julio, cuando se había aceptado aprestar la flota al combate, Felipe II escribió a Granvela, Pacheco y Zúñiga para instruirles secretamente sobre los propósitos de la "junta de Nuestras galeras con las de Su Santidad y venecianos", la dilación y el obstruccionismo tenían una finalidad precisa: "porque la necesidad presente diera a los venecianos prisa al trato de la liga y conclusión della y también porque el desseo del remedio desta misma necesidad moviesse a Su Santidad a acudirnos con la ayuda y socorro que ha de ser menester para el efecto de la liga", El Escorial, 15 de Julio de 1570, AZ. C.51 n.2.

⁶² F. Braudel op.cit., II, pp. 478-584; L. SERRANO, *España...*, op.cit., pp.23-30.

⁶³ El duque de Alba al prior D. Antonio de Toledo, Amberes, Octubre de 1570. EA. vol.II n.º1168 pp. 448-9; F. BRAUDEL, op.cit., vol. II, p. 584; W.T. WALSH, op.cit., p.598.

⁶⁴ El duque de Francavilla, virrey de Cataluña, comentó al embajador veneciano Donà, que las propuestas de Cruzada del Papa eran rechazadas en el Consejo de Estado "per non dar ombra alli luterani di Allemagna et a ugonotti che ella fosse contro di loro, et che facesse congiounger et far peggio di quello che facevano", L. Donà al Senado, Córdoba 9 de Mayo de 1570, A. BRUNETTI-E. VITALE, op.cit., vol.I, pp.21-22; sobre la reacción protestante ante las noticias sobre la alianza de Felipe II con Venecia y el Papa, Alvise Contarini al Senado, La Ferté-Melun, 28 de Diciembre de 1570, CSP. Venice, II, n.496, pp.461-462.

de Febrero de 1570, por la que se excomulgaba y levantaba la obediencia de los súbditos a Isabel I o las soterradas amenazas del pontífice a Carlos IX de Francia por permitir la libertad de culto tras la Paz de Saint Germain de Agosto de 1570, hicieron que estos temores no fueran infundados, como se colige en una comunicación del embajador francés en Madrid que no descartaba una acción de los coaligados contra Francia⁶⁵.

Ahora bien, pese a la sombra de la amenaza de una gran coalición protestante dispuesta a desmembrar el patrimonio del rey católico, apenas era ya posible para Felipe II y sus consejeros más conservadores zafarse de la política papal y no verse involucrados en su estrategia, lo quisiera o no, el rey aparecía ante los ojos de toda Europa como "miles ecclesiae", defensor y protector del catolicismo y la prudencia indicaba que la ruptura de la alianza irritaría al Papa y se perderían las gracias y concesiones sobre las que se sustentaba una parte no pequeña de la autoridad de la corona sobre sus dominios, tal y como recordaban insistentemente los jesuitas y el sector ebolista⁶⁶; por otra parte, solo cabía la opción de negociar una alianza más ventajosa e incluso manipular el proyecto pontificio y transformarlo en aras del servicio e interés de la Monarquía.

4. La Liga Santa

Cuando en 1570 se iniciaron las conversaciones de alianza, todos estos problemas se hicieron presentes en la discusión para formalizar el tratado, la desconfianza hacia las verdaderas intenciones del pontífice se puso de manifiesto cuando los plenipotenciarios del rey católico rechazaron que fuera bajo la forma de una Liga, porque, según manifestó el cardenal Espinosa al legado Luis de Torres, dicho término no solo era inconveniente, sino "odioso", prefiriendo en cambio que se articulase bajo la denominación de junta ("gionta")⁶⁷.

El uso del vocablo *Liga* no era inocente y el término que amparara la asociación entre Venecia, la Monarquía y el Papado tenía una fuerte carga ideológica y simbólica. *Liga* era una vieja forma de asociación entre príncipes y la elección de tal denominación tenía un valor semántico definido. En Italia, este concepto tenía ya una larga tradición, vinculado desde el tratado de Lodi a la noción de Paz de Italia, enunciado en la Liga Itálica de 1455: "una pace e lega generale a conservatione delli stati" como rezaba el texto de convocatoria. Las ligas sirvieron al pontificado a lo

⁶⁵ Mr. de Fourquevaux a Carlos IX, Madrid 8 de Agosto de 1570, A. P. DOUAI, op.cit., vol.II, p.244. Sobre el impacto en Francia vid. N. SUTHERLAND, *The massacre of St. Bartholomew and the European Conflict*, London 1973, p. 75; J. H. MARÉJOL, *La Réforme, la Ligue, l'Edit de Nantes, 1559-1598*, Paris 1983, pp. 130-131; Alberto TIVENTI, "La Francia, Venezia e la Sacra Lega", Gino BENZONI, *Il Mediterraneo nella seconda metà del '500 alla luce di Lepanto*, Firenze 1974, pp.393-408. Para Inglaterra y el impacto en el mundo protestante vid. Wallace MCCAFFREY, *The Shaping of the Elizabethan Regime*, London 1969, pp.247-262; D. M. LOADS, *Politics and the Nation (1450-1660)*, London 1992, pp.301-303.

⁶⁶ Las reticencias a la política papal las expresó Felipe II en carta a Pío V, Talavera, 20 de Enero de 1570, AZ. C.128, n.34. Las reticencias de Alba y el rey y las presiones y el entusiasmo del partido ebolista W. S. MALBY, op.cit., pp.226-238, J. H. ELLIOTT, *La Europa Dividida, 1559-1598*, Madrid 1981, pp.170-173.

⁶⁷ A. DRAGONETTI DE TORRES, op.cit., p.17.

largo de los siglos XV y XVI para ejercer el control político-diplomático de Italia, excluyendo al Imperio con una nueva concepción "universalística"; tanto la Liga Italica, como la Liga General de 1470 (renovada en 1480), o la Sacra Liga de 1495, se definían en un sentido "universal", presididas por el Papa y cuyo fin era tanto el mantenimiento de la paz de Italia como la defensa de la dignidad pontificia y la seguridad de los Estados de la Iglesia⁶⁸. Como puso de manifiesto Giovanni Botero en el libro VIII de su *Ragion de Stato* y en una de sus últimas obras, el *Discorso della Lega contro il Turco*, esta noción antigua servía muy bien al propósito de reforzar la soberanía pontificia, reflejaba unas abiertas aspiraciones universalistas a la par que permanecía la vieja idea de Imperio cristiano, de un poder político tutor de la Cristiandad que superaba la multiplicidad de principados, monarquías y entidades políticas de toda índole hacia la unidad, hacia la reconstrucción de la *Respublica Christiana*⁶⁹.

El término *Liga*, tenía además del significado de alianza ofensiva y defensiva una clara connotación religiosa que lo diferenciaba de otros conceptos; así lo ha subrayado Prodi al observar que los intentos del papado de constituir ligas contra los turcos, fuera de la retórica cruzada, formaban la base constitutiva del esfuerzo de Roma por resaltar su liderazgo en la Cristiandad⁷⁰. Por eso, si la propuesta de Liga o de fórmulas que guardaran alguna semejanza con ella partían de Roma, no es sorprendente que desde la Corte de Felipe II surgieran ciertas suspicacias, máxime de los sectores más conservadores⁷¹. Desconfianza muy comprensible, pues no por casualidad, dicho proyecto no ocultaba tener su inspiración en una vieja idea de Eneas Silvio Piccolomini, que había ceñido la tiara pontificia con el nombre de Pío II entre 1458 y 1464⁷². Aquel pontífice, en el congreso de Mantua (1459) convocó a los príncipes europeos para organizar una cruzada contra los turcos, y aunque prácticamente nadie acudió a su llamada sentó los principios que ahora reasumía su homónimo sucesor. El significado de *Liga* se asociaba a una cesión de so-

⁶⁸ Estos principios se exponen claramente en el tratado de la Liga Italica, en la "solenne dichiarazione e promessa che la autorità, la dignità della Santa Sede e di Sua Santità e insieme la sicurezza dello Stato della Chiesa sarebbero in tutto e sempre rispettate e difese da tutta la Lega" y en la solemne declaración de la Sacra Liga de 1495: "pro quiete Italiae..., pro conservanda dignitate et auctoritate Apostolicae Sedis, pro Sacri Romani Imperii iuribus tuendis proque defensione et conservatione communium statuum partium praedictarum", vid. para todo esto Riccardo FUBINI, "Lega Italica e 'politica dell' equilibrio' all' avvento di Lorenzo de' Medici al potere", *Rivista Storica Italiana*, vol. CV, fasc. II, Maggio 1993, pp.373-410. La Liga de 1595, pese a tener una finalidad claramente política, la expulsión de los franceses de Italia, fué "sacralizada" por el Papa calificándola *Santa* al promulgarla el Domingo de Ramos de dicho año, con ello se reafirmaba su carácter "universal" y se respondía así a Carlos VIII de Francia, quien por concesión del último Paleólogo se intitulaba "Imperator Graecorum" como un paso previo para hacerse con la dignidad imperial en Italia; vid. Orestes FERRARA, *El Papa Borgia*, Madrid 1943 pp. 213-236; Susanne SCHÜLLER PIROLI, *Los Papas Borgia: Calixto III y Alejandro VI*, Valencia 1991, pp.225-227.

⁶⁹ Juan BENEYTO op.cit. p.341; Federico CHABOD, "Giovanni Botero", *Escritos sobre el Renacimiento*, México 1990 pp.315-16 y 320; A. TAMBOREA, op.cit. pp.1-19.

⁷⁰ P. PRODI, op. cit., pp.335-6.

⁷¹ Cuando en el año 1560, Pío IV propuso a Felipe II concertar una acción común para concluir la Reforma católica reanudando los trabajos del Concilio de Trento, que se haría como nueva convocatoria para satisfacer a Francia y el Imperio pero que, por acuerdo secreto entre el rey y el Papa figuraría como continuación de las sesiones anteriores. El duque de Alba, consultado por el rey contestó que "esta inteligencia secreta tenía olor de liga, lo cual en cosas de religión y de tal calidad sería muy peligrosa y odiosa y a saberse venía a traer consigo muy mayores escándalos e inconvenientes que la publicación del breve" (Mons. Raverta al cardenal Borromeo. 18 de junio de 1561, F. GARCÍA CUÉLLAR, art.cit. p.53).

⁷² F. BRAUDEL, op.cit., vol. II, p. 505.

beranía en favor del Papa, en donde los signatarios "*se quitarían la libertad de atender a sus cosas particulares y eran obligados a la observancia de lo capitulado*"⁷³. Y así lo había formulado el propio pontífice en los primeros borradores del tratado, pretendiendo penar con excomunión y "absolución del juramento y fidelidad a los vasallos" a quien rompiere la liga o hiciese por separado la paz con el turco⁷⁴. Por este motivo la idea de *Liga* tal y como la proponía el Papa encontraba una cierta oposición en la Corte, siendo reiteradas veces rechazada por el Consejo de Estado⁷⁵. Para Granvela, las consecuencias de un reconocimiento de la dirección política pontificia tendría nefastas consecuencias para la hegemonía adquirida en Italia, siendo *le vray chemin pour nous deschasser d'Italie*⁷⁶.

El primer borrador de la alianza respondía básicamente a la idea de *Liga* inspirada por el pontífice, y tanto para el rey como sus ministros más reticentes resultaba insatisfactoria⁷⁷, entre papistas y no papistas había, en la Corte hispana, un espacio de consenso cifrado en la disposición a aceptar la alianza bajo la denominación de *Liga* si ésta se efectuaba siguiendo las estipulaciones de la Santa Liga habida entre el Papa y el Emperador en 1535, es decir, una Liga donde el rey católico, asociado al pontífice en los términos "universales" en los que lo estuvo con el emperador, obtenía la preeminencia en lo temporal aunando de este modo conservación y confesión, porque el reconocimiento de Felipe II y de la Monarquía como baluarte y sostén del catolicismo implicaba además la asociación de la defensa de sus intereses a los intereses generales de la Cristiandad⁷⁸.

Las pretensiones hispanas modificaban sustancialmente el proyecto original y las negociaciones siguieron su curso viciadas por la desconfianza mutua y los recelos existentes tanto en Madrid, como en Roma y Venecia. El Papa y los venecianos acusaban de mala fe a la parte española y sospechaban, no sin razón, que Felipe II había pasado del obstruccionismo y la dilación a una nueva estrategia conducente en transformar la Liga para ponerla al servicio de sus intereses⁷⁹. En los preacuerdos del Otoño de 1570 figuraba que la mitad de los efectivos militares y de los gastos de la empresa corrían a cargo de las galeras y de las arcas del monarca hispano, esta abrumadora participación y la constatación de que sin ella la Liga carecería de operatividad, colocó a los plenipotenciarios de Felipe II en una posición negociadora de fuerza. La necesidad de

⁷³ *Relación de lo que pasó yo, el secretario Juan de Soto con el caballero Leonardo Contarini embajador de Venecia en una plática que tuvimos en Palermo a siete de Março MDLXXII*, AGS. E. Leg. 1138, fol. 68.

⁷⁴ Cdo. Madrid 24 de Septiembre de 1570, AZ. C.51 n.6.

⁷⁵ A. DRAGONETTI DE TORRES, op. cit., p. 17.

⁷⁶ Granvela a Tomás Perrenot, señor de Chantonay, Roma 14 de Diciembre de 1570, C. PIOT & Ch. POULLET, *Correspondance du cardinal de Granvelle*, Bruxelles 1877-96, tomo IV, pp. 51-2.

⁷⁷ El rey a D. Juan de Zúñiga, Madrid, 24 de Septiembre de 1570, AZ. C.51 n.º6.

⁷⁸ En un papel sin fecha (circa 1570) titulado "Sobre el fundamento de la liga y sus principales efectos para perseguir al turco" se señalaban todas estas cuestiones, el beneficio a la Cristiandad, pero también las ventajas particulares para la seguridad de los dominios de Felipe II e incluso el refuerzo de su liderazgo en Italia al ser la única potencia capaz de garantizar la efectividad del proyecto; AZ. C.90 n.1. Sobre la intervención de la Compañía de Jesús en la consecución de los proyectos de Cruzada de Pío V vid. PEDRO DE RUBADENEYRA, *Historias de la Contrarreforma*, Madrid pp. 796-8.

⁷⁹ L. SERRANO, *España...* op.cit. pp.40-53; A. GUGLIEMOTTI, op.cit., pp. 122-148.

una masiva presencia hispana respondía a la escasa fuerza militar que tenían los restantes socios de la alianza, y, habida cuenta de los malos resultados de la campaña de 1570, también se acusaba su incapacidad organizativa, por lo que impusieron la dirección de las operaciones militares bajo el mando del rey católico⁸⁰.

Finalmente, el tratado por el que se constituyó la Santa Liga el 20 de Mayo de 1571, satisfizo las exigencias e intereses de todas las partes firmantes. Respondía a las aspiraciones programáticas de Pío V y los jesuitas, el fin principal de la Liga era *deffender a Su Santidad y al Estado de la Sede Apostólica*, adecuándolas a las exigencias de la Corte española al conceder el mando supremo a la Monarquía e incluir la posibilidad de actuar en el Norte de Africa en un futuro no lejano (que se determinaría mas adelante). Asimismo Venecia quedaba satisfecha al considerarse prioritaria para la campaña de 1571 la acción en el Mediterráneo Oriental⁸¹.

La intervención de los jesuitas y de Ruy Gómez permitió que la cesión del mando a un general de Felipe II se hiciera de forma tolerable para el Papa⁸², siendo nombrado a tal efecto D. Juan de Austria, que no sólo parecía la persona idónea para este menester por su prestigio militar adquirido en la Guerra de las Alpujarras, sino que además estaba comprometido con la causa "propontificia" por diversos motivos, por la hostilidad que le había manifestado Alba, por su identificación con los jesuitas y su religiosidad, por su amistad con Eboli y por encontrar en el servicio al Pontífice el honor y el prestigio que ambicionaba en consideración a su sangre y que no le reconocía su hermano⁸³.

No obstante, conocido el "ebolismo" del hermano del rey, su temperamento impulsivo y sus ambiciones, se colocó a su servicio como secretario personal a Juan de Soto⁸⁴ y le fue adscrito al mando, con carácter de lugarteniente general, D. Luis de Requesens, hombre de la confianza de Espinosa y cuya presencia coartaba la autonomía de D. Juan en la toma de de-

⁸⁰ Los borradores de las minutas y órdenes del rey, así como la discusión de los capítulos de la liga en 1571, en AZ. C.90 nos. 4 a 6.

⁸¹ Ratificación de la alianza en la Corte de Felipe II, El Escorial 13 de Junio de 1571, I.Z. c.51 n.º17.

⁸² Sobre la cuestión vid. carta de M. A. Colonna a Francisco de Borja, Messina 15 de Septiembre de 1571 en A. GUGLIELMOTTI op.cit. pp. 181-3.

⁸³ Duque de MAURA, "Don Juan de Austria: el hermano mimado", *Estatuas que vuelven a ser bombres. Rincones biográficos de la Historia*, Madrid 1950, pp.139-176; J. GARCÍA MERCADAL, *Antonio Pérez, secretario de Felipe II. Una vida borrascosa*, Madrid 1943, pp.24-25; Gregorio MARAÑÓN, *Antonio Pérez*, Madrid 1954, vol I, pp.218-222. No deja de ser sorprendente la observación hecha por el embajador veneciano, Sigismondo Cavalli en 1570, quien en su relato sobre D. Juan escribió que "se per sorte d' improvviso venisse a mancar il re senz' altri maschi, per quanto conosco l' umor di Spagna, e per quanto ho piu volte sentito ragionar da persone d' importanza, crederei che i signori fariano ogni lor potere per aver lui per re", el problema sucesorio tras la muerte de D. Carlos generaba todo tipo de especulaciones sobre la sucesión, sobre todo por la edad del rey, 43 años, por lo que aunque el rey no quería volver a casarse hubo de hacerlo para evitar una crisis dinástica, y aquí el relato del embajador muestra una iniciativa insólita de Pío V, que desaconsejó al rey un nuevo matrimonio argumentando que una minoridad podía traer consecuencias funestas, como estaba ocurriendo en Francia: "e non si maritasse più, ponendogli innanzi gi' inconvenienti grandi di Francia e d' altre regni, quando sono rimasti in mano de re pupilli". E. ALBERI op.cit. serie I vol. V pp.175-176. La intervención de Eboli en la elección de D. Juan aparece claramente en una carta que escribe el privado al hermano del rey en Mayo de 1570, informándole de la calidad y cualidades del secretario que el monarca había nombrado para su servicio, Juan de Soto, sin duda colocado cerca de la persona de D. Juan a instancias de Alba y Doria, de los que era "criatura", CODOLIN vol. XXVIII p.80.

⁸⁴ Memoria de los servicios de Juan de Soto, Andarax, 25 de Junio de 1570, AZ. C.128 n.66.

cisiones, como rezaba en su instrucción: "es nuestra voluntad que se guarde, que todo lo que se hubiere de proveer, ordenar y hacer sea con vuestro parecer y que de aquel no se aparte en ninguna manera"⁸⁵. De este modo, se mantuvo el equilibrio en la parte hispana, con ello los partidarios de una política católica *hispana* contrarrestaban la posición alcanzada por el grupo *propontificio*.

Por la correspondencia mantenida con Zúñiga y la orden secreta de dilación y entorpecimiento de la campaña de 1570 podemos conjeturar que tanto Felipe II como su privado, Don Diego de Espinosa, no sentían ningún entusiasmo por el proyecto de Cruzada, sus ideas en este sentido eran acordes con sus ministros conservadores pero, por otra parte, constatando la fuerza de la autoridad del pontífice, era consciente de la necesidad de cooperar con la política católica emprendida por el Papa y no situarlo en contra suya, por lo que era forzoso prestar oídos a quienes en su Corte defendían la articulación de un gran frente confesional, en el que la Monarquía ocupara el papel de defensor del catolicismo. Esto explica que el monarca nunca se manifestase claramente a favor de una u otra posición y que los negociadores romanos y venecianos acusasen de *duplicità* a la parte española denunciando los *arti indegne usati dai ministri spagnoli*, recelando de su voluntad por respetar y cumplir el compromiso adquirido⁸⁶. Así, sabiendo que la firma del tratado del 5 de Mayo no era garantía suficiente para la supervivencia de la Liga, Pío V logró por mediación de Eboli que se concertase para el verano de 1571 una entrevista entre Felipe II y Francisco de Borja (en calidad de emisario personal del Papa) para eliminar las divergencias que todavía persistían en cuanto a la forma y objetivos de la Liga⁸⁷.

5. Las consecuencias de Lepanto

La campaña de 1571 comenzó con mejores auspicios que la del año precedente y culminó con la aplastante victoria del 7 de octubre, en la que la escuadra otomana quedó completamente aniquilada en el golfo de Lepanto. Paradójicamente, el éxito obtenido no logró aplacar las diferencias que habían presidido la formación de la Liga, agudizándose la desconfianza entre los coaligados⁸⁸. Además, las diferencias de criterio y las distintas actitudes de los firmantes de la alianza se proyectaron con fuerza sobre la flota, los venecianos, D. Juan de Austria y Marco Antonio Colonna consideraban que para consolidar la derrota otomana debía proseguirse la campaña en

⁸⁵ J. M. MARCH, Don Luis de Requesens en el gobierno de Milán, Madrid 1943, pp.59-61.

⁸⁶ Relación del cardenal Colonna al pontífice sobre las negociaciones de la Liga, Enero 1571, reproducido por A. GUGLIELMOTTI op.cit. pp. 131-134.

⁸⁷ W. T. WALSH op.cit. p.569; Pedro de RUBADENEYRA, *Historias...* op.cit. pp.796 y sig; L. VICCHI, op.cit. p.25.

⁸⁸ La mutua desconfianza entre los coaligados nunca se dispó, y nadie confiaba en que el tratado tuviera una larga vida, como relata un cronista del evento "Y aunque ya entonces se hacía mención de enfrentarse a la flota enemiga, nada seguro estaba decidido. Confiaban en que el tiempo, como suele ocurrir, les ofrecería ocasión de deliberar con más exactitud", Ambrosio de MORALES, *La Batalla de Lepanto (Descriptio Belli Nautici et Expugnatio Lepanti per D. Ioannem de Austria)*, ed. y traducción de Jenaro Costas, Madrid 1987, p.23.

el Mediterráneo Oriental, mientras que Requesens y los mandos afines al sector conservador de la Corte hispana opinaban que era el momento de dirigirse a Argel⁸⁹. Las divergencias de criterio se correspondían con diferencias personales, que dificultaban aun más la toma de decisiones, Don Juan de Austria no soportaba las injerencias de Requesens y las trabas que le ponía en el mando⁹⁰, Colonna por su parte difícilmente podía ocultar su aversión al lugarteniente impuesto al infante⁹¹, mientras que los venecianos temían que en cualquier momento un cambio en la coyuntura cortesana de Madrid les dejara abandonados a su suerte⁹².

A Don Juan de Austria no se le autorizó a viajar a la Corte para celebrar la victoria (lo cual hubiera reforzado el prestigio del sector "papista")⁹³, mientras que los mandos veneciano y pontificio fueron recibidos como auténticos héroes en sus respectivas cortes. Marco Antonio Colonna fué agasajado en Roma con todos los honores, evocando el ceremonial de los antiguos emperadores y generales romanos cuando regresaban victoriosos de sus campañas. La celebración romana provocó irritación y enojo en la Corte de Felipe II, y los representantes del rey en Roma protestaron porque dichos festejos atribuían la victoria a las fuerzas del pontífice, aunque aquí, como en otras cosas, se hizo manifiesta la diversidad de criterios existente respecto a la Liga dado que Don Juan de Austria respaldó públicamente las celebraciones romanas⁹⁴.

Con estos incidentes, el rey se convenció de lo que ya sospechaba, que la Liga lejos de haberle proporcionado prestigio había servido para reforzar el del Papa⁹⁵, lo cual estaba en consonancia con el análisis efectuado por el sector conservador de su Corte. Alba dirigió al embajador Zúñiga un extenso informe en el cual le instruía de los pasos a seguir para "sacar provecho de la victoria de Lepanto"⁹⁶. Para el duque, y en esto coincidiría la posterior actuación del embajador —por lo que estamos tentados de afirmar que la voz del rey no está del todo ausente en este escrito—, era dudoso que se pudiera acabar con el Imperio Otomano, a menos que a la Liga se sumasen Francia y el Imperio, cosa que a todas luces era harto improbable⁹⁷. Además, y aquí se ratificaba en sus posiciones anteriores a Lepanto, no era sensato realizar una política ofensiva cuando la defensa de la Monarquía descansaba sobre bases muy endebladas y con flancos, como el Norte de Africa, prácticamente desguarnecidos⁹⁸. La Liga, y a la vista estaba, solo había bene-

⁸⁹ J. M.^a MARCH op.cit. p.177.

⁹⁰ CODOIN vol. III pp. 194-5.

⁹¹ Requesens, en una carta a su mujer, le transmitía los parabienes de la madre y la esposa de Colonna y añadía: *pero al turco dé Dios lo que ellas y Marco Antonio Colonna nos desean*, (16 de Diciembre de 1571). J. M.^a MARCH op.cit. p.63.

⁹² Vid. rel. de Antonio Tiepolo de 1572; E. ALBERI op.cit. serie I, vol. V, pp.223-226.

⁹³ L. SERRANO, *España...* op.cit. pp.185-6.

⁹⁴ *Ibidem.*; L. VICCHI, op.cit. pp.27-28.

⁹⁵ En carta a D. Juan de Zúñiga, D. Juan de Austria intentó quitar importancia al asunto (20 de Diciembre de 1571): "Haga Marco Antonio su triunfo y entrada con toda solemnidad que quisiere, que me holgaré yo mucho de ello; y es bien que Vuestra Merced se ría de los que dicen que he procurado de se lo estorbar; pues no hemos de tener nuestros fines en semejantes sustancias", actitud que no concordaba ni con la de su interlocutor, ni con la de Requesens ni con la de su soberano, que no ocultaron su enojo y disgusto, J. M. MARCH, op.cit. p.67 n.7.

⁹⁶ Alba a Zúñiga, Bruselas 17 de Noviembre de 1571, CODOIN vol. III pp. 292-302.

⁹⁷ *Ibid.* pp.293-4.

⁹⁸ *Ibid.* p.295.

ficiado al Papa, pero también había puesto de manifiesto su carencia de fuerzas y recursos, por lo que Lepanto rendiría un buen servicio para la corona, había llegado el momento de "desengañarle" y situarle en la disyuntiva de "acomodarse" a las directrices de la Monarquía⁹⁹.

Así, los prolegómenos de la campaña de 1572 se presentaban aún más inciertos y borascosos que en 1570. Todos aquellos que participaban en las discusiones y la planificación de las futuras operaciones de los coaligados veían peligrar la continuidad de la Liga¹⁰⁰. En los meses finales de 1571, la corriente de opinión "conservadora", de carácter patrimonialista y reacia a introducir la perspectiva confesional en política exterior, en la que confluían tanto el duque de Alba como el cardenal Espinosa, fortaleció sus posiciones acaparando el control de la política italiana y Mediterránea de la Monarquía y trataron de modificar los objetivos de la Liga reorientándolos hacia el Norte de África. D. Juan de Austria, alarmado por los proyectos planteados por *los consejeros del Rey mi señor que asisten cerca de mi persona*, advirtió que aquello no se ajustaba al tratado del 5 de Mayo de 1571 instando a su hermano y monarca que clarificase la postura de la corona y su voluntad de seguir adelante con lo acordado con Venecia y el Pontífice¹⁰¹.

Pese a las disensiones existentes, entrado el año 1572 se fueron limando asperezas y se ponían en marcha en Messina los preparativos de la nueva campaña, en el consejo de D. Juan de Austria Requesens fue reemplazado por García de Toledo, un personaje más favorable al proyecto cruzado que su predecesor¹⁰². Parecía que las aguas volvían a su cauce y que desde Madrid no se iba a entorpecer la campaña del verano de 1572, de modo que, en abril, ya parecía resuelta la organización de la flota estando previsto entrar en acción al mes siguiente en el mar Egeo¹⁰³. Pero, el fallecimiento del pontífice el 1 de Mayo de 1572, dió al traste con los preparativos¹⁰⁴.

Once días después de la muerte de Pío V, el cónclave aclamó como su sucesor en el trono de San Pedro al cardenal boloñés Ugo Buoncompagni, que adoptó el nombre de Gregorio XIII. Su elección fue un sonado éxito de la diplomacia hispana, siendo el cardenal Granvela señalado como su principal artífice, por lo que ahora se perfilaba una nueva era con un pontífice dócil a los

⁹⁹ *Ibid.*, p. 302.

¹⁰⁰ En este debate cabe reseñar un "Primer discurso sobre que el armada de Su Magestad podría hazer en daño de los turcos con la ocaſion de la victoria de Lepanto" (s.d.), en el que se propone abandonar Levante y concentrar las fuerzas cristianas en el Mediterráneo Occidental, sugiriendo como teatro de operaciones el Norte de África y Francia, evidentemente en el solo interés de la Monarquía Católica. AGS. E. leg. 1138.

¹⁰¹ J. de Austria a Felipe II, 25 de Noviembre de 1571 y del mismo a García de Toledo, 3 de Diciembre de 1571, CODOIN, vol.III pp. 43, 48-59; y D. Juan de Austria al rey, Messina 20 de Enero de 1572, AGS. E. Leg. 1138 fol.1.

¹⁰² García de Toledo, estaba emparentado con la Casa Colonna, habiéndose casado con Vittoria, hermana de Marco Antonio, L. VICCHI op.cit. p.20, vid. también la biografía de D. García en la introducción de CODOIN, vol. III. Sobre la participación en las campañas norteafricanas Antonfrancesco CIGNI, *Commentarii della guerra di Francia*, Roma 1567, p.19. Las presiones para relegar a Requesens y las dificultades con D. Juan y Colonna en J. M. MARCH, op.cit. pp.61-68.

¹⁰³ D. Juan de Austria a SM, Palermo Marzo de 1572, AGS. E. Leg. 1138 fol.83.

¹⁰⁴ D. Juan a SM, Mesina 25 de Abril de 1572, del mismo a Zúñiga, 25 de Abril de 1572 y del mismo a Colonna el 7 de Mayo de 1572 (el día anterior había recibido la noticia de la muerte de Pío V); AGS. E. Leg. 1138 fols. 89, 90 y 123 respectivamente.

designios hispanos¹⁰⁵. El nuevo Papa, en su primer acto como soberano, convocó en audiencia privada a los embajadores español y veneciano para comunicarles su voluntad de hacer de su pontificado la continuación del de su antecesor, llevando a buen fin sus iniciativas, por lo que mantenía el compromiso adquirido con la Liga e instaba al inicio de la campaña¹⁰⁶. Puede que para muchos fueran simples palabras, una declaración bienintencionada pero insincera, para los ministros españoles más opuestos a la Liga era el momento de dar un golpe decisivo y "acomodar" al nuevo pontífice a la realidad de los hechos, y así, D. Juan recibió un despacho secreto del rey, ordenándole permanecer indefinidamente en Mesina, hasta nueva orden¹⁰⁷.

Los mandos de la flota, Foscarini y Colonna, no entendiendo la inmovilidad en la que permanecían, obligaron al infante a revelar el contenido y la existencia de las órdenes secretas —aunque su desacuerdo con ellas bien pudiera haber influido de forma más decisiva para darlas a conocer—¹⁰⁸, y una vez desveladas, venecianos y romanos se sintieron brutalmente coaccionados¹⁰⁹. Hubo voces contrarias a la orden secreta incluso entre los detractores de la Liga, el embajador Zúñiga, consideró todo el asunto como un hecho torpe y lamentable, el despacho del rey era claramente una violación del tratado dañando la reputación del monarca, por romper la palabra dada y "la ocasión que se da al mundo de decir que Vuestra Magestad ha sido el primero que ha roto la Liga"¹¹⁰. Y es que, si la orden había sido secreta era porque no se quería romper la liga, solo transformar sus objetivos, la dilación tenía el propósito de ganar tiempo para una renegociación del tratado en el cual se constituyese como alianza defensiva en levante y ofensiva en el Norte de Africa¹¹¹. A pesar del disimulo de Granvela¹¹², pronto se supo que se proyectaba dirigir la escuadra a Argel¹¹³, y como el mismo Requesens escribiera a su hermano, Zúñiga, la decisión de inmovilizar la flota obligaría a los coaligados a someterse a la dirección hispana de la Liga o a separarse de ella, llevando cada cual la política que resultase más conveniente a sus intereses, eliminando los estorbos que impedían una acción contundente en el Norte de Africa a despecho de unos coaligados insensibles a sus problemas "éstos huelgan más que esté Argel en manos

¹⁰⁵ Para el monarca se abría una nueva era en las relaciones hispano-pontificias y los litigios habidos anteriormente eran cosas "movidas por el pontífice pasado (...) es de creer que el que agora es procederá en ellas con mayor moderación y blandura", Felipe II a D. Juan de Zúñiga, 17 de Julio de 1572, L. Serrano, *Correspondencia...*, op. cit. vol. III, p. biv; sobre el particular vid. J. M.^a MARCH, op. cit., p.173; A. GUGLIEMOTTI, op. cit., p. 323; W. T. WALSH, op. cit., p. 585; P. PIERSON, op. cit., pp. 219-220; L. von PASTOR, op. cit., vol. XIX, pp. 295-6.

¹⁰⁶ L. VICCHI, op.cit., pp.28-30.

¹⁰⁷ D. Juan a Felipe II, Messina 12 de Junio de 1572, AGS. E. Leg. 1138 fol.134.

¹⁰⁸ D. Juan, en público y en privado manifestaba sus discrepancias respecto a la política de Zúñiga y Granvela y sobre todo, acusaba al embajador de actuar en contra de la voluntad del pontífice y de la Iglesia; Lorenzo VAN DER HAMMEN Y LEON, *D. Juan de Austria*, Madrid 1627, p.155.

¹⁰⁹ C. ROSELL, *Historia del combate naval de Lepanto*, Madrid 1853, p.230.

¹¹⁰ L. SERRANO, *España...* op.cit. pp. 230-2; J. M.^a MARCH, op. cit., p. 180.

¹¹¹ F. M. CARINI, op.cit., pp.34-42; C. MANFRONI, "La lega cristiana nel 1572, con lettere inedite di Marco Antonio Colonna", *Archivio della Reale Società Romana di Storia Patria*, vol. XVI, fasc. III-IV (Roma 1893), pp.349-361.

¹¹² E. POUILLET & Ch. PIOT, *Correspondance du cardinal de Granvelle*, Bruxelles 1877-96, vol. IV pp. 368-9.

¹¹³ Requesens y Granvela informaron a la Corte que en Francia se hacían levas con la finalidad de enviar un ejército a Italia, con esta información pretendían paralizar la campaña y provocar la desesperación de los venecianos, vid. Antonio OSSORIO, *Modelo del ínclito héroe, del príncipe, del general y del excelentísimo soldado, o sea, vida de D. Juan de Austria*, Madrid 1946, p.139; Charles PETRIE, *D. Juan de Austria*, Madrid 1968, p.269.

del turco que en las del Rey nuestro Señor¹¹⁴. Poco a poco, se fueron manifestando las secretas intenciones de la Corte española; tras una audiencia con el cardenal Espinosa, el nuncio Casale informó al cardenal de Como que el fin último de aquellas oscuras maniobras era subsumir bajo la dirección hispana a todas las potencias firmantes de la Liga¹¹⁵.

Gregorio XIII, aunque elevado al solio pontificio con la ayuda española tampoco podía dejarse manipular de una forma tan grosera, Zúñiga advirtió que se había cometido un grave error y que si la flota no zarpaba inmediatamente con rumbo a levante se perdería la concesión y el disfrute de las "tres gracias" (Cruzada, subsidio y excusado)¹¹⁶, y ello no porque el Papa tuviese una especial inquina a la Monarquía sino porque como cabeza de la Cristiandad no era admisible que se dañase su prestigio ni que un príncipe secular pretendiese humillar su autoridad¹¹⁷. Era forzoso moderar la presión sobre el pontífice, de modo que se autorizó a una parte de la escuadra española a juntarse a las galeras romanas y venecianas de Levante, mientras el grueso de la flota permanecería en Messina al mando de D. Juan de Austria, que esperaría allí hasta nueva orden¹¹⁸. Por último, se ordenó a D. Juan que se dirigiera a Corfú para comandar las fuerzas cristianas en el Mediterráneo Oriental. La campaña del verano de 1572 fue una larga serie de encuentros y desencuentros, donde la desconfianza existente entre los mandos llevó a una descoordinación tal que fué imposible aprovechar las victorias obtenidas frente a los turcos, permitiéndose el reagrupamiento de sus fuerzas en Modon y Morea¹¹⁹. Se puede decir que, en aquel verano, las escuadras cristianas no hicieron otra cosa que recorrer las costas griegas, yendo cada una a su modo y sin ningún interés en efectuar acciones concertadas. En Roma, Venecia y Madrid se tenía la sensación de que la Liga tenía sus días contados¹²⁰.

En carta al nuncio en Madrid, Marco Antonio Colonna señaló a ciertos círculos cortesanos como responsables del fracaso, sugiriendo que D. Juan buscase al enemigo no entre los turcos sino en "la Corte del Rè"¹²¹. No obstante, el 16 de septiembre de 1572 falleció el cardenal Espinosa y se producía en la Corte un vacío de poder que no parecía fácil llenar, en los meses siguientes se le añadieron nuevas bajas, murieron la princesa doña Juana de Austria, Francisco de Borja y el príncipe de Eboli enfermaba de mal de piedra, falleciendo también en el verano de 1573. La pérdida de consejeros y ministros en aquel año fue muy abultada, a los que murieron se sumaron los que cayeron en desgracia y fueron expulsados de la Corte, como el duque de Alba, y reinaba la incertidumbre sobre los pasos que en materia de política exterior pudiera dar

¹¹⁴ L. de Requesens a J. de Zúñiga, Milán 29 de Junio de 1572, rep. en J. M.^a MARCH, op. cit., pp. 176-9.

¹¹⁵ 30 de Julio de 1572, R. HINOJOSA, op. cit., p. 209.

¹¹⁶ D. Juan de Zúñiga a Felipe II, Roma 3 y 4 de Julio de 1572, AGS. E. Leg. 919 fols. 5 y 6; L. VAN DER HAMMEN Y LEON, op. cit. pp. 156-157.

¹¹⁷ El embajador en Roma, después de consultar con Colonna y otros miembros de la Curia, informó que el Papa no se iba a arredrar y que haría efectivas sus amenazas, estando obligado a actuar con todo "rigor en este principio, *porque Vuestra Magestad le estime*", Zúñiga a SM., Roma 14 de Julio de 1572, AGS. E. Leg. 919 fols. 36-7.

¹¹⁸ Zúñiga a SM, Roma 19 de Agosto de 1572, AGS. E. Leg. 919 fol. 66.

¹¹⁹ Fernand BRAUDEL, op. cit. vol. II pp. 628-633.

¹²⁰ Cartas de Zúñiga a SM, Roma 9 y 12 de Enero y 5 de Febrero de 1573, AGS. E. Leg. 922 s.f.

¹²¹ M. A. Colonna al cardenal de Como, 1 de Septiembre de 1572, A. GUGLIEMOTTI op. cit. p. 368.

la Monarquía. Felipe II, además, veía cada vez con más recelo la política de Gregorio XIII quien, insistiendo en el bien universal de la Cristiandad impulsaba las iniciativas comenzadas en el pontificado anterior, exigiendo la ruptura con Inglaterra, la unidad de los príncipes católicos contra los protestantes, el reconocimiento de la legitimidad del título de gran duque de Toscana, y la ampliación de la Santa Liga, tanto en sus miembros como en sus objetivos que tendrían un carácter más universal¹²².

El Papa, para incrementar su influencia y dar un impulso más eficaz a esta ofensiva diplomática, agregó al nuncio Ormaneto dos legados extraordinarios, Nicola Marini, obispo de Lanciano, y Marco Antonio Colonna. El 25 de enero de 1573, el monarca recibió en audiencia a los enviados pontificios y, según su propio relato, aun admitiendo la justicia de actuar en consonancia con las necesidades para la defensa de sus estados, no podía ignorar aquello que le demandaba el Santo Padre y, ni mucho menos, abandonar la Liga "estando lo de las tres gracias en pie"¹²³. El rey contestó con un expresivo silencio, no quería manifestar sus intenciones porque no sabía como resolver la situación, aunque para muchos la respuesta sería, sin duda, negativa¹²⁴.

Finalmente, tras largas deliberaciones en el Consejo de Estado, con fecha de 5 de febrero Felipe II entregó su respuesta por escrito a los legados papales. Solamente se comprometía a enviar 30 galeras (en vez de las 110 que se precisaban) y, siendo imposible completar la flota por carecer de recursos para ello invitaría a Saboya, Toscana, Malta y Génova a que cubriesen el resto que faltaba¹²⁵. Esta era la fórmula que, tiempo atrás, había sugerido Zúñiga para desbaratar la Liga sin que su disolución cayese como una mancha sobre la reputación de la Monarquía pues así, cumpliendo con ella como era su obligación, aunque fuera con poco, nadie podía acusar a la corona de faltar sus compromisos¹²⁶.

En marzo, se conocía ya en Italia el fracaso de la legación extraordinaria en España, pontificios y venecianos deberían contentarse con una participación hispana prácticamente testimonial. Sabían, que sin el potencial económico y militar de la Monarquía Católica nada se podría hacer, puesto que sus propias fuerzas eran muy exiguas y poco esperaban de la hipotética incorporación de nuevos socios a la alianza. De hecho, Gregorio XIII la daba ya por perdida e instó al obispo de Lanciano para que a su regreso de Portugal hiciera una última tentativa en Madrid, aunque abrigaba pocas esperanzas de que pudiese resolver algo¹²⁷. La impresión de la embajada en el ánimo de los venecianos fue más profunda si cabe que en Roma y, conocedores de la mala disposición hispana para proseguir las campañas de la Liga, se apresuraron a concertar la paz con los turcos. Como acertadamente observara Zúñiga: "los venecianos dizen haber sido forçados a hazer la paz por nuestros andamientos e irresoluciones"¹²⁸. El 6 de abril, en audien-

¹²² R. de HINOJOSA, *Los despachos...* op.cit. pp.259-260; F. M. CARRI, op.cit., pp.40-44.

¹²³ Felipe II a Zúñiga, Madrid 23 de Febrero de 1573, AGS. E. Leg.921 fol.155.

¹²⁴ R. de HINOJOSA, *Los despachos...* op.cit. p.261.

¹²⁵ *Ibidem*, p.262.

¹²⁶ *Ibidem*, pp. 262-5.

¹²⁷ *Ibidem*.

¹²⁸ Zúñiga a SM, Roma 10 de Abril de 1573, AGS. E. Leg. 921 fol.279.

cia privada, el embajador Tiépolo comunicaba a Gregorio XIII la retirada de la República de Venecia de la Liga y la mañana del día siguiente, en convocatoria extraordinaria, el Sacro Colegio Cardenalicio recibía de labios del Papa la comunicación de la disolución formal de la Santa Liga¹²⁹.

6. La Liga de defensa de Italia

La inusitada rapidez con que el Papa disolvió la Liga, cogió totalmente por sorpresa a la Corte española. Nada más conocer la noticia, el mismo 7 de abril, Zúñiga comunicó la decisión del Papa, tomada contra todo pronóstico, rompiendo una estrategia en la que ya se contaba con que la defección veneciana era solo cuestión de tiempo y sólo cabía esperar pacientemente a una Liga sin Venecia en la que la Monarquía podría manejar y controlar a su antojo al pontífice¹³⁰. Ya en agosto de 1572, cuando se intentó forzar la campaña de Argel, el embajador en Roma había elaborado las líneas a seguir para crear una unión Papado-Monarquía, con un papel tutelar de la segunda sobre el primero, en donde —cuando se produjese el abandono veneciano— la Santa Liga se transformaría en "una liga defensiva para la quietud de Italia"¹³¹. En los meses siguientes a la elección de Gregorio XIII, los plenipotenciarios españoles en Roma se esforzaron por hacer realidad una política católica de talante hispano, dando un barniz confesional a la tradicional política de conservación, que bajo una apariencia moral mantendría un sentido netamente patrimonialista, de modo que, en noviembre de 1572, todos los esfuerzos diplomáticos ante la Curia se dirigieron a "persuadir a Su Santidad y sus ministros que esta guerra se hiciese en el modo y parte que Vuestra Magestad dessea"¹³².

Consciente de las intenciones que se ocultaban detrás de una liga de esas características, el pontífice trató de evitar el cerco de los ministros españoles, y la crisis abierta en la Corte de Felipe II tras la inesperada caída en desgracia y postrer fallecimiento de Espinosa vino inesperadamente en su ayuda. Desde septiembre de 1572, el vacío de poder existente en el entorno inmediato al rey, le permitió iniciar una estrategia de búsqueda de contactos y apoyos que desde la propia Corte Hispana colaboraran para salvaguardar su autonomía política, estrategia que no pasó desapercibida a Zúñiga quien mostró cierta preocupación al constatar que la Santa Sede se dedicaba a "informarse muy particularmente de todos los Ministros de VMd."¹³³. Pese a estas prevenciones, Gregorio XIII logró establecer fluidos contactos con el círculo de antiguos

¹²⁹ L. von PASTOR op.cit. vol. XIX pp. 299-303; Colonna a SM, Mayo de 1573, en A. GUGLIEMOTTI op.cit. p.434.

¹³⁰ Zúñiga a SM, Roma 7 de Abril de 1573, AGS. E. Leg. 922 s.f.

¹³¹ Zúñiga a SM, Roma 19 de Agosto de 1572, AGS. E. Leg. 919 fol.66.

¹³² Zúñiga a SM, Roma 16 de Diciembre de 1572, AGS. E. Leg. 919, fol. 169.

¹³³ Zúñiga a SM, Roma 28 de Noviembre de 1572, AGS. E. Leg. 919 fol.159.

simpatizantes de Pío V en la Corte de Felipe II, siendo artífice de esta conexión Marco Antonio Colonna¹³⁴.

Bajo la apariencia de negociar la prorrogación de la Liga, Colonna fué enviado a España para establecer contactos. De sus entrevistas con Eboli nació un provechoso intercambio entre el príncipe y el Papa, y probablemente en dichas conversaciones se pergeñó un partido o facción *propontificia* en el entorno inmediato al rey. Eboli y sus principales seguidores, Antonio Pérez y el cardenal Quiroga abrigaban la esperanza de que el agradecimiento del pontífice les serviría como respaldo en la Corte. El Papa, además de aliviar la presión hegemónica hispana, esperaba obtener a través de los favoritos del rey un buen matrimonio y la concesión de un feudo para su hijo y bienes y mercedes para sus parientes¹³⁵. Sin duda, el viaje de Colonna a Madrid fue todo un alarde de disimulación, en apariencia debía negociar sobre la Liga, en "realidad" su misión era establecer un partido papal y defender los asuntos personales de Gregorio XIII, pero sobre ambas misiones estaba su interés personal, proyectando abandonar al Papa por la obtención de un alto cargo en la Monarquía¹³⁶, prometiéndole el rey y Eboli pagarle sus servicios con creces una vez que se hubiera disuelto la Liga (no olvidemos que la Liga concluyó el 7 de abril)¹³⁷.

La pregunta que enseguida nos asalta es ¿quien manipulaba a quien? ¿el rey al Papa a través de Eboli? ¿el Papa al rey a través de Eboli? ¿Eboli a todos? ¿Marco Antonio Colonna?, la respuesta sería afirmativa en todas las modalidades de pregunta que nos hiciéramos. Como subrayara Trajano Boccalini, la política era un juego de máscaras, de falsas apariencias y en donde los príncipes trataban de forzar la voluntad de los demás príncipes para su propio beneficio. El Papa sabía que el instrumento para hacerse oír en la Corte de Felipe II era su prerrogativa para renovar y revocar las "tres gracias" y otros privilegios, rentas y beneficios, y como observara el embajador francés en Roma, Saint-Gouard, aprovecharía estas circunstancias para "arreglar sus asuntos y los de su casa, que no los de la Liga"¹³⁸. Para el partido ebolista, la protección del papa era un medio importante para ascender en la Corte y ocupar el lugar que había dejado vacío Espinosa, con la obtención de concesiones y donativos papales se adquiriría un mayor prestigio ante el rey, pues se entendía casi como un axioma que quien obtuviese el favor del Papa habría recorrido buena parte del camino que llevaba a obtener el de su soberano¹³⁹.

¹³⁴ Zúñiga, consciente de que el favor que disfrutaba Colonna en Roma iba en contra de los intereses que representaba y creyendo que aún conservaba un fuerte ascendiente sobre el ánimo del pontífice, intentó sin éxito enfrentarle a Marco Antonio e impedir que ambos vincularan sus intereses. Acusó a Colonna de ignorar la autoridad de la Santa Sede e instó al Papa a "proceder contra él criminalmente" (mientras Granvela iniciaba una pesquisa en los estados colonenses del Reino de Nápoles, encarcelando en Gaeta al gobernador de Castro). Este último episodio irritó a Gregorio XIII, que se negó rotundamente a secundarle. M.A. Colonna a SM. (sin fecha), *Ibid.* Leg. 921, fol.34

¹³⁵ Colonna a Ruy Gómez, Paliano 1 y 3 de Julio de 1573, AGS. E. Leg.922 s.f.

¹³⁶ Memoriales de Fulvio Tolomei, agente de Colonna en Madrid, de 4 de Noviembre de 1573 y 4 de Febrero de 1574, AGS. E. Leg.922 s.f.

¹³⁷ *Memoria de lo que Su Magestad me ha mandado que diga al Sr. Marco Antonio Colonna de su parte, lo qual me ha porrescido ponerlo en escripto y darselo al Sr. Marco Antonio para su memoria y mía*, Ruy Gómez de Silva, 12 de Febrero de 1573, AGS. E. Leg.922 s.f.

¹³⁸ 21 de Abril de 1572, Fernand BRAUDEL, op. cit., vol. II, p. 623.

¹³⁹ Zúñiga a SM, Roma 7 de Abril de 1573, AGS. E. Leg. 922 s.f.

Eboli disfrutó de generosos favores del pontífice¹⁴⁰, quien procuraba "azelle todo plazer, y que assy Vuestra Excelencia con confianza se aproveche de lo que él pudiere"¹⁴¹ y durante el año 1573, el partido ebolista fue ascendiendo en el favor real. Este cambio de coyuntura se reflejó en un repliegue de la influencia del sector conservador en la política del Mediterráneo, Eboli reemplazó al secretario personal de D. Juan de Austria, Juan de Soto, de notoria filia albista, por un hombre que garantizase mejor la confidencialidad de las relaciones de Ruy Gómez con el almirante de la flota, como fue Juan de Escobedo, mientras que Gregorio XIII hacía suyas las promesas y beneficios que otrora concediera Pío V al hermano del rey para tenerle bajo su patronazgo¹⁴². La repentina muerte de Ruy Gómez el 29 de julio de 1573, rompió el clima de cooperación existente entre Madrid y Roma, pues a pesar de que la dirección del grupo ebolista pasó a Antonio Pérez y al Inquisidor General, D. Gaspar de Quiroga¹⁴³, ninguno de los dos tenía el ascendiente del fallecido sobre la voluntad del rey, y tampoco el Papa confiaba mucho en ellos¹⁴⁴. Por ello, el lugar de Eboli en el favor papal no lo ocuparían ni el secretario de Estado ni el Inquisidor General sino D. Juan de Austria.

Pese a que se había disuelto formalmente la Santa Liga, Gregorio XIII solicitó a Felipe II que D. Juan de Austria permaneciese en Italia y que no se deshiciese la armada, más adelante propuso que además se formase una nueva coalición, una "Liga para la defensa de Italia" que iría acompañada de la convocatoria de un concilio con el que se diese fin al problema de las jurisdicciones entre autoridades civiles y eclesiásticas¹⁴⁵. Aunque la respuesta a esto último fue negativa, la favorable disposición del Papa a una acción norteafricana contribuyó a que la campaña de 1573 no se abandonase sino que se llevase a cabo según las directrices de la Monarquía Católica, como una "liga italiana" que parecía responder a las pretensiones de Zúñiga. La armada del otoño de 1573, que culminó sus operaciones con la conquista de Túnez en noviembre de dicho año, agrupó en una misma empresa —excepto Venecia— a todos los potentados italianos bajo el mando de D. Juan de Austria¹⁴⁶. Además, para evitar confusiones, Granvela y Zúñiga se habían cuidado muy bien de que dicha empresa figurase con una muy clara dirección hispana y, cabe dentro de lo posible que la detención de Colonna en Nápoles cuando se dirigía a participar en la

¹⁴⁰ Como muestra de su satisfacción, Gregorio XIII premió a Ruy Gómez con una gracia de 2.000 ducados para la Iglesia de Pastrana; Colonna a Eboli, Roma 26 de Abril de 1573, AGS. E. Leg.921 fol.43

¹⁴¹ Colonna a Eboli, Paliano 29 de junio de 1573, AGS. E. Leg.922 s.f.

¹⁴² Según Van der Hammen, Soto era objeto de ciertos recelos, atribuyéndosele a su influencia los delirios de grandeza de D. Juan, por lo que "había causado algún recato a consejeros mayores, y en particular al príncipe Ruy Gómez" el cual decidió reemplazarlo por "Juan de Escobedo, hechura y confidente mucho del príncipe Rui-Gómez de Silva, maestro de privados", LORENZO VAN DER HAMMEN Y LEON, *D. Juan de Austria*, Madrid 1627, p.169; A. OSSORIO op.cit. p. 175; CHARLES PETRE, op.cit. p.286.

¹⁴³ El 22 de Agosto Colonna escribe a Pérez y le comunica que manda otra carta al obispo de Cuenca "encreencia de v.s.". "El señor secretario Antonio Pérez, hablará a V.lla. sobre un negocio que del entenderá. *Suplicole a mirar en ella por lo que pudiere convenir al servicio de V.Mgd.*", Colonna al obispo de Cuenca, Agosto de 1573; Ambas en AGS. E. Leg.922 s.f.

¹⁴⁴ Colonna a Fulvio Tolomei —su agente en la Corte— (s.d.), AGS. E. Leg.922 s.f.

¹⁴⁵ SM. a Zúñiga, Aranjuez 9 de Mayo y el Pardo 22 de Septiembre de 1573, AGS. E. Leg.921 n.176 y nos.205 y 206. La doble propuesta de Liga y Concilio en carta del mismo al mismo, Roma 21 de Agosto de 1573, CODOIN, vol. CII, p. 220.

¹⁴⁶ F. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* op.cit. vol.II p.639 y ss.; MERCEDES GARCÍA ARENAL, Miguel Angel de BUNES, *Los españoles y el Norte de Africa*, Madrid 1992, pp.93-95.

campana, además de la enemistad personal, tuviera como objeto borrar toda apariencia de co-dirección pontificia¹⁴⁷. Como el propio Zúñiga escribió, resultaba muy difícil compaginar la integración de la flota papal en la expedición manteniendo a su jefe sin capacidad de mando¹⁴⁸; asimismo, el hecho de que D. Juan de Austria reclamara insistentemente a Colonna como lugarteniente, previsiblemente tenía por objeto romper este monolitismo en la dirección y abrirla a la intervención del Papa¹⁴⁹.

La campaña de Túnez, aparentemente constituida según las premisas hegemónicas marcadas por la Monarquía Católica, fue un *test* de la capacidad del pontífice para atemperar y minimizar el *hegemonismo hispano* a través de sus partidarios y clientes en la Corte filipina. Gregorio XIII había solicitado a Felipe II que si se conquistaba el reino, en vez de reponer en el trono al tunecino Muley Hamida éste se reservase para un príncipe cristiano y D. Juan también escribió a su hermano secundando este propósito aunque, según parece, el rey desestimó ambas propuestas¹⁵⁰. Cuando D. Juan de Austria sorprendió a propios y extraños al negarse a abandonar Túnez y lejos de dismantelar las fortificaciones de La Goleta hacerse fuerte en ellas, la influencia pontificia se mostró con toda su fuerza¹⁵¹. En esta acción D. Juan estuvo respaldado por Gregorio XIII, que le alentó a erigir allí un nuevo reino cristiano, utilizando sus buenos oficios para que el rey aceptase el giro de los acontecimientos¹⁵². La reacción de Felipe II fue de enojo, apartando a D. Juan del mando de la flota con el pretexto de ocupar un puesto de mayor responsabilidad como lugarteniente del rey en Italia y cuando el pontífice solicitó su permanencia al mando de la flota del Mediterráneo pidiendo para él el título de rey de Túnez, el rey —como escribiera Antonio Pérez— "desde entonces se entró en mayor recelo y cuidado de las cosas del señor D. Juan"¹⁵³.

A pesar de las disputas con el pontífice, y la sorpresa del desarrollo de los acontecimientos de Túnez, el partido "conservador" o *patrimonialista* monopolizaba la dirección de la política

¹⁴⁷ Colonna a Eboli, Roma 19 de Abril de 1573, AGS. E. Leg. 921 fol.29

¹⁴⁸ Juan de Zúñiga a Felipe II, Roma 21 de Agosto de 1573, AGS. E. Leg.922 s.f.; Marco Antonio Colonna escribió protestando porque Granvela le retenía en Nápoles y no le autorizaba a partir, mientras Zúñiga intentaba disuadirle por todos los medios para evitar conflictos de "precedencias" en la escuadra (es decir, se creaba un conflicto de jerarquía si participaba), Colonna a Felipe II, Nettuno 5 de Diciembre de 1573, AGS. E. Leg.922 s.f.

¹⁴⁹ Juan de Austria a Colonna, Nápoles 16 de Abril de 1573, AGS. E. Leg. 921 fol.29.

¹⁵⁰ Juan de Zúñiga a Felipe II, Roma 23 de Octubre de 1573, AGS. E. Leg.922 s.f., la misma en CODOIN, CII, p. 330., Antonio Pérez relató estos sucesos en su "Memorial que Antonio Pérez presentó del hecho de su causa en el juicio del tribunal de justicia de Aragón", vid. Antonio PÉREZ, *Relaciones y cartas*, ed. A. ADAR EZQUERRA, Madrid 1986, vol. I pp.261-263.

¹⁵¹ Según Braudel, es posible que D. Juan no llegase a conocer la orden de dismantelar La Goleta, pero sí que el propósito de su campaña era restaurar a los hafsies en el trono tunecino, por lo que para diluir su injustificada decisión reunió a todos los mandos en consejo para decidir lo que se había de hacer; lo cual denota la intención de "ahogar" la decisión en la "masa de sus consejeros oficiales", F. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* op.cit., vol.II, p.644.

¹⁵² Sobre esta cuestión vid. duque de MAURA, "El hermano..." art.cit. p.166; F. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* op.cit. vol.II pp.637-653; Antonio PÉREZ, op.cit. vol.I, p.262; según LORENZO VAN DER HAMMEN, antes de iniciarse la campaña de 1573, Gregorio XIII elogió y alabó a D. Juan en el Consistorio y dijo "que antes que muriese esperaba en Dios de dar a Su Alteza corona de rey", op.cit. pp.165-169.

¹⁵³ Op.cit. vol.I p.263; LORENZO VAN DER HAMMEN utilizó casi los mismos términos "Súpose en Madrid como se comenzaron estas inteligencias en Roma (...) El recato dio que pensar y al Rei puso en cuidado", op.cit. p.178. La solicitud pontificia en carta del nuncio fechada en Madrid, 26 de Diciembre de 1574, AGS. E. Leg. 924, s.f.

italiana de la Monarquía, y así Zúñiga volvió a plantear la reedición de una Liga desde los intereses hispanos; una confederación en la que se integrarían los "potentados" convocados por la corona para que "todos los príncipes de Italia junten sus fuerzas para la defensa della", en caso de que esta convocatoria no fuese atendida, el Papa solicitaría ayuda a los potentados dando la impresión de que era bajo su convocatoria cuando en realidad actuaría como un mediador subordinado a la corona¹⁵⁴. Desconocemos si este plan se llevó a efecto, pero guarda una enorme semejanza programática con el proyecto de agosto de 1572 y con el tradicional enfoque albista, de los que no es posible sustraerlo. Más que el proyecto en sí mismo, lo interesante era que estas premisas regirían en lo sucesivo en el diseño de la política hispana en Italia. La campaña de Túnez, fue en la práctica una prolongación de la Santa Liga en los términos en que la diplomacia hispana había deseado orientarla. Cuando en la primavera de 1574 Venecia se encontró con que la tregua con los turcos no daba los resultados apetecidos, solicitó renovar la Santa Liga, lo cual rechazó taxativamente Felipe II y sugirió al pontífice que invitara a los venecianos a integrarse ahora en la "liga" ya constituida y participar en las campañas norteafricanas¹⁵⁵.

Gregorio XIII, forzado a aceptar la hegemonía hispana, aparentaba agradecer al monarca su papel "pacificador" y "protector" de Italia y la Santa Sede; la disimulación del pontífice no pasaba inadvertida ni siquiera para el propio Felipe II quien escribía que el Papa, aunque "premiaba mucho la quietud de Italia" no podía ocultar su disgusto ante el hegemonismo hispano, los conflictos jurisdiccionales entre autoridades civiles y eclesiásticas causados por el regalismo de la corona, o el no reconocimiento al Papa de un papel político autónomo hacía que la Santa Sede no fuera muy optimista sobre la protección que se le dispensaba¹⁵⁶.

En el caso de las jurisdicciones, el rey y sus ministros no estaban dispuestos a hacer cumplir los decretos del Concilio de Trento en lo referente a disminuir las prerrogativas heredadas por la corona en materia eclesiástica. Esta resistencia a perder derechos sobre la Iglesia y la voluntad del poder eclesiástico por acabar con ellos, desataron una larga cadena de conflictos jurisdiccionales en los dominios de la Monarquía Católica, siendo especialmente espinosos en las posesiones italianas de la corona: conflictos jurisdiccionales entre el gobernador y el obispo de Milán, el asunto del "exequatur regio" en Nápoles y el contencioso de la "Monarchia Sicula" o vicariato regio de la Iglesia de Sicilia. Pese a que en noviembre de 1574 se formó en Roma una comisión hispano-pontificia para resolver este problema, los representantes del rey católico no se cansaron de repetir que su soberano no admitiría renunciar a unos derechos que había heredado de sus antepasados, entendiendo la "Junta" como un foro a través del cual se trataría de compaginar estas prerrogativas a tenor —o a pesar— de lo decretado en Trento¹⁵⁷.

¹⁵⁴ Doc. sin fecha, año 1574, AGS. E. Leg. 924 s.f.

¹⁵⁵ Felipe II a D. Juan de Zúñiga, San Lorenzo 5 de Abril de 1574, AGS. E. Leg. 924 s.f.

¹⁵⁶ Felipe II a D. Juan de Zúñiga, Madrid 15 de Enero de 1574, AGS. E. Leg. 924 s.f.

¹⁵⁷ Ricardo GARCÍA-VILLOSLADA, *Historia...* op.cit. vol.III 2.º pp.64-9.; "Instrucciones de Felipe II a D. Pedro de Avila, marqués de las Navas, y al licenciado Francisco de Vera, del Real Consejo de Ordenes, enviados a Roma por S.M. Católica", El Escorial 4 de Junio de 1574; en C. PIOT & Ch. POUILLET, *Correspondance...* op.cit. vol.V pp.104-112.

En el caso específico de la política italiana, la corona impidió reiteradamente la actuación autónoma del pontífice. Un ejemplo de ello lo tenemos en el contencioso surgido por la concesión del título de Gran Duque de Toscana a Cosme de Médici. Felipe II mantuvo su negativa a reconocerlo por temor a que el Papa pudiera afianzar su poder en Italia al arrogarse autoridad para infeudar¹⁵⁸. Pese a la intermediación del duque de Alba en favor de su pariente (del que obtuvo un préstamo de 200.000 escudos para la corona), todo lo más que se obtuvo fue un reconocimiento de "facto" que no de "iure". Solamente cuando el emperador confirmó el título el 2 de noviembre de 1575, Felipe II reconoció tal titulación al duque de Florencia¹⁵⁹. Este caso hizo palpable la negativa a no ceder ante cualquier pretensión temporal del pontificado y ni mucho menos a admitir una mínima autoridad del mismo sobre Italia.

Finalmente, el caso de la guerra civil de Génova resulta claramente ilustrativo de la recomposición del mapa político italiano tras la disolución de la Santa Liga. En el verano de 1573, los "Nobili Vecchi", partido gobernante en Génova formado por el patriciado financiero, debían hacer frente a una crisis interna de grandes proporciones, el descontento popular por la carestía adquiría el cariz de un levantamiento auspiciado por sus rivales políticos, los "Nobili Nuovi" (patriciado comercial) que eran respaldados por los "arti" (gremios)¹⁶⁰. Los "Vecchi" liderados por familias como los Doria o Spinola estaban vinculados a la política española mientras que los "Nuovi" mostraban una cierta inclinación profrancesa. La súbita inestabilidad política en Génova, el aliado más firme de la Monarquía en Italia, provocó la alarma en los medios políticos italianos afectos a los intereses hispanos. Tras la matanza de la Noche de San Bartolomé eran muchos los que creían inminente una reaparición de la política francesa en la península italiana¹⁶¹ y Génova podía ser un anuncio premonitorio¹⁶². En octubre de 1573 se dió licencia a Juan Andrea Doria para que abandonase la escuadra de D. Juan de Austria con sus galeras y acudiese a su patria¹⁶³. A pesar de lo cual no pudo impedir que los *Vecchi* fueran expulsados del poder¹⁶⁴.

El Papa vió en la crisis genovesa la posibilidad de recuperar su ascendiente y cierta autonomía política interviniendo en el conflicto, y convenció a los "Nobili Nuovi" para que rechazasen la protección de Francia y se colocasen bajo la suya¹⁶⁵.

¹⁵⁸ F. M. CARINI, op.cit. pp.73-75.

¹⁵⁹ Bohdan CHUDORA op.cit. pp.124-5; Eladi ROMERO GARCÍA op.cit. pp.116-8.

¹⁶⁰ Un buen relato sobre los sucesos de Génova en William STIRLING-MAXWELL, *Don John of Austria or Passages from the History of the sixteenth Century*, London 1883, vol.II, p.25 y ss. (cap.II: "Account of the troubles at Genoa, 1573-1576"); LORENZO VAN DER HAMMEN dedica el libro V de su biografía de D. Juan a describir los conflictos civiles de Génova, p.190 y ss.; Fernand BRAUDEL op.cit. vol.I pp.699-670.

¹⁶¹ Zúñiga a Felipe II, Roma 8 de Septiembre de 1572, AGS. E. Leg. 919 fol.94.

¹⁶² F. M. CARINI, op.cit. p.75. Sobre la vinculación de los "Nuovi" a Francia vid. Raffaele CIASCA, *Istruzioni e relazioni degli ambasciatori genovesi. Vol. I, Spagna (1494-1617)*, Roma 1951, pp. 185-190.

¹⁶³ M. A. Colonna a Felipe II, Nápoles 1 de Octubre de 1573, AGS. E. Leg. 922 s.f.

¹⁶⁴ En el verano de 1573, al producirse los primeros disturbios en Génova, los *Nuovi*, temiendo la reacción hispana se apresuraron a comunicar a Zúñiga su "disposición" de no alterar las buenas relaciones con la Monarquía. Lo cual no debió ser considerado por su simpatía francesa y por el cambio que ello suponía en el tablero político italiano. Zúñiga a SM., Roma 21 de Agosto de 1573, CODORNÍ, vol. CII, p. 220.

Sin embargo, desde la Corte hispana no se vió con buenos ojos la decisión tomada por Gregorio XIII. No sabemos si a iniciativa propia o por orden expresa del monarca, el virrey de Nápoles, Granvela, formó una Junta con el duque de Sessa y Antonio Doria, para analizar la situación y buscar la forma de restaurar en el poder a los "Nobili Vecchi"¹⁶⁶. La Junta sita en Nápoles, iba a tomar unas decisiones importantísimas para la política hispana en Italia, por lo cual llama la atención que ésta no tuviese su sede en la Corte o que el asunto no quedase bajo la autoridad del Consejo de Estado y tal vez esto puede ser ilustrativo de la falta de ministros de absoluta confianza en el entorno inmediato del rey y de la "infiltración" propontificia existente en la Corte de la que el propio monarca era consciente¹⁶⁷. Granvela, Doria y Sessa resolvieron que era urgente una intervención militar para garantizar la seguridad del Estado de Milán, para proteger a los financieros de la corona ("los ricos son interesados con V.Md.") y por la "inclinación" del nuevo gobierno genovés a Francia¹⁶⁸.

La intervención se decidió a fines de 1574, en la primavera de 1575 se enviaron a Génova las galeras de Sicilia, al mando del duque de Terranova, con el pretexto de embarcar pertrechos y recoger tropas alemanas para continuar las campañas del Norte de Africa, a las que se sumaron las de Juan Doria y parte de la flota de Juan de Austria¹⁶⁹.

El viaje relámpago que hiciera D. Juan a la Corte para defender sus pretensiones sobre Túnez, contribuyó a facilitar los planes de la Junta de Nápoles. El príncipe no obtuvo de su hermano nada más que el tratamiento de *alteza* y que fuera nombrado vicario general de Italia como lugarteniente del rey, con autoridad sobre todos sus ministros en aquellas tierras¹⁷⁰, lo cual, como veremos era una atribución más teórica que real, pero que tuvo por objeto colocarle al mando de una campaña que le enfrentaba al pontífice, su protector, a la vez que le alejaba del reino de Túnez. Mientras, su secretario—Escobedo—era retenido en Madrid, y así, rodeado de ministros *prohispanos* y en una posición política francamente incómoda—de la que no lograron sacarle los denodados esfuerzos del partido *propontificio* en la Corte¹⁷¹—, el infante se autorecluyó en el

¹⁶⁵ "Parecer de Marco Antonio Colonna a D. Juan de Austria sobre lo de Génova", Nápoles, Septiembre de 1575; AGS. E. Leg.1068 fol.124. Más información sobre la intervención del pontífice en L. VAN DER HAMMEN op.cit. pp.224-233; W. STIRLING-MAXWELL, op.cit. p.43; L. von PASTOR, op.cit., vol. XIX pp.312-313.

¹⁶⁶ "Sobre la Junta de las cosas de Génova", Granvela a Felipe II, Nápoles 30 de Marzo de 1575; AGS. E. Leg. 1066 fol.14.

¹⁶⁷ La astucia de Antonio Pérez impidió que el rey se percatara de quienes eran los miembros de este grupo, el secretario "reveló" al monarca el asunto de las negociaciones de la boda del hijo del Papa "cosas que fué sin orden ni sabiduría mía ni yo tuve noticia dello sino poco antes que muriese Ruy Gómez por relación de Antonio Pérez", el rey observaba que con estas revelaciones se explicaba "el poco fruto que se saca de Su Santidad con todos los buenos oficios que por vuestra parte se han hecho y hacen de continuo y lo poco que le mueven para que aga darme en ella necesidad grande que me veo y las que cada día van creciendo por el servicio de Dios, deffensa de la Religión, de que a esa Santa Silla y al que en ella está le toca tanta parte, que viene a ser todo en servicio suyo y en deffensa y conservación della", Felipe II a Zúñiga, Madrid 20 de Marzo de 1574, AZ. C.51 n.76.

¹⁶⁸ "Sobre la Junta de las cosas de Génova", Granvela a Felipe II, Nápoles 30 de Marzo de 1575; AGS. E. Leg. 1066 fol.14.

¹⁶⁹ *Ibidem*.

¹⁷⁰ En 1575, D. Juan regresó a Italia con el título de Vicario General "como al duque de Alba el año de cincuenta y seis" (...) —con— "poder y autoridad de Emperador de los Griegos emperadores", L. VAN DER HAMMEN op.cit. pp. 237-238

¹⁷¹ Antonio Pérez intentó romper el bloqueo a D. Juan enviando al regente Julio Claros como consejero personal suyo para los asuntos de Génova (Lorenzo VAN DER HAMMEN, op.cit. p.225). Claros, regente por Milán en el Consejo de Italia era íntimo amigo y colaborador de Antonio Pérez (Antonio PÉREZ, *Relaciones y cartas*, ed. de Alfredo Alvar Ezquerro, vol.I, Madrid 1986, p.293.

castillo de Vigevano negándose a hacerse cargo de dar órdenes y asumir responsabilidades, de lo que oportunamente informó Granvela a la Corte¹⁷². La maniobra del partido *españolista* tuvo el efecto deseado y ni siquiera la inhibición del *lugarteniente general de Italia* pudo despejar la sombra de sospecha que se cernía sobre su persona, el conflicto genovés fue interpretado como producto de la desmedida ambición de D. Juan¹⁷³, a la par que sembraba el desconcierto en las filas pontificias, pues el Papa, dudando de las intenciones del hermano del rey no sabía hasta donde llegaba su protagonismo y cuales eran sus verdaderas intenciones, pensaba que su actitud era un apoyo tácito a los *Vecchi* y que tal vez con ello aspirase a hacer de la señoría su principado¹⁷⁴. La intervención y la subsiguiente guerra civil provocó el enojo de Gregorio XIII que comisionó a Marco Antonio Colonna para que en nombre suyo obligase a "Juan Andrea (Doria) y los Viejos" a desistir de recuperar el poder por la fuerza. El Papa había propiciado un "compromiso libre" y la paz estaba garantizada por la protección pontificia, no había más razón para la guerra que la conquista del poder y Gregorio XIII estaba convencido de que detrás del restablecimiento de los "Nobili Vecchi" había un proyecto más amplio de la corona¹⁷⁵.

El ejército hispano estaba literalmente conquistando la República y más que una pacificación parecía una anexión, por lo que, según el pontífice —en palabras de Marco Antonio Colonna—: "de aquí vendrían a temer de su conservación los más principes de Italia, en lo qual el estaba obligado, paresciendole que para esta conquista *no tenía Su Magestad el título que a Príncipe tan Cristiano como él conviene*"¹⁷⁶. La guerra prosiguió su curso en 1575, sin que los ministros de la corona en Italia diesen su brazo a torcer, D. Juan, pese a sus atribuciones de *lugarteniente general de Italia* había sido cuidadosamente aislado por un cerrado círculo de ministros y consejeros abiertamente hostiles a sus directrices: Granvela y Zúñiga en Roma, Juan An-

¹⁷² F. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* op.cit., vol.II, p.649. Marañón, que parece desconocer el conflicto genovés, dice que el príncipe fue a Vigevano a tomar las aguas, y mientras gozaba del retiro la Goleta y Túnez fueron tomadas por los turcos, refiere que se acusó de la pérdida a D. Juan por haber desobedecido las órdenes del rey, pero precisamente no había reproches sobre su directa responsabilidad, sino la mala voluntad de los ministros de Italia: Mondéjar virrey de Nápoles, Granvela y el duque de Terranova, virrey de Sicilia. Los ministros que, como *lugarteniente*, técnicamente tenía a su mando y le eran conocidamente hostiles, G. MARAÑÓN, op.cit. vol.I p.223; Cabrera al respecto dice que la responsabilidad era de Granvela: "La causa principal fué el poco gusto que tenía en ayudar a D. Juan", op.cit. vol.II p.238. Más indulgente, VAN DER HAMMER muestra a D. Juan pendiente de Túnez, donde no puede intervenir y forzado a seguir en Vigevano los asuntos genoveses, que no comprendía: "Hallábase perplejo y así escribió a su hermano", op.cit. pp.226-227v.; W. STIRLING-MAXWELL retrata a D. Juan despreocupado de todo, jugando a la raqueta, dando fiestas y banquetes, celebrando torneos y aprendiendo danza con el maestro Cesare Negri en el castillo de Vigevano, mientras Granvela e Idiáquez se dedican a resolver los negocios, el primero en Nápoles y el segundo en la propia Génova, op.cit. pp.49-57.

¹⁷³ El embajador veneciano informó a la Serenísima que mientras que el rey no deseaba la guerra, ésta había sido causada por la ambición de su hermano: "E ritrovandosi esso Don Giovanni con spada e cappa, con un desiderio ambizioso di acquistar per sé alcuna cosa, il che non può fare stando le cose del mondo in pace; e siccome ognuno crede che da lui principalmente sia stato persuaso il re a mover l'armi contra Genova, così si dubita con ragione che non lascerà passar occasione per accender foco in Italia". Rel. de Lorenzo Priuli, 1576; E. ALBERI, op.cit., Serie I vol.V, pp.270-277. Sobre el mismo asunto trata en la pag. 259 y las pp.267-268. Lorenzo van der HAMMEN (op.cit. p.235) e indica la amplitud de los recelos hacia D. Juan: "No era esta presumption solo del Pontífice, todos la tuvieron en general". Según PETRIE (op.cit. p.334), D. Juan tuvo que desmentirlo por escrito, de su puño y letra, en carta al pontífice.

¹⁷⁴ M. A. Colonna a D. Juan de Austria, Nápoles, Septiembre de 1575, AGS. E. Leg. 1068, n.124.

¹⁷⁵ *Ibidem*.

¹⁷⁶ *Ibidem*.

drea Doria en la flota, Juan de Idiáquez, embajador en Génova, el duque de Sessa gobernador de Milán, el marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles y el duque de Terranova, presidente de Sicilia¹⁷⁷. El marqués de Mondéjar, camino de tomar posesión del virreinato de Nápoles en sustitución de Granvela (trasladado a Roma), se entrevistó en Finale con una comisión de "gentiles hombres antiguos" de Génova a los que prometió continuar la política emprendida por su predecesor¹⁷⁸. Más ilustrativas son, si cabe, las cartas que el propio Mondejar escribió al rey y a D. Juan de Austria al reanudar la campaña de Génova, en donde afirmó que la guerra hará a los nuevos "entrar en razón y hará a los viejos gran bien y merced y obligará general mente a aquella señoría *al servicio de Su Magestad Católica perpetuamente y sanará la voluntad de los potentados de Italia y atapará las bocas a los que con intención a fines particulares —critican— lo que Vuestra Magestad y Vuestra Alteza han echo*"¹⁷⁹.

El conflicto fué resolviéndose a satisfacción de los intereses hispanos¹⁸⁰, aunque la violencia civil no concluyó en Génova hasta 1578¹⁸¹. Como vemos, no bastó la garantía pontificia de la neutralidad genovesa para impedir la guerra, probablemente pesaba tanto en la decisión de reponer a los "Nobili Vecchi" la solidez de su adhesión a la corona (prueba de ello son los 5 millones de escudos de oro que prestaron a Felipe II al resolverse el conflicto¹⁸²) como la negativa a aceptar mínimamente una dirección política temporal al Papado, ni siquiera como mediador¹⁸³.

Así, entre 1573 y 1576, Zúñiga y Granvela habían conseguido consolidar y afianzar la hegemonía hispánica en Italia, anulando las pretensiones del pontificado de ejercer un protagonismo político en aquella península. Por otra parte habían logrado debilitar y desacreditar al partido *pro-pontificio*, cuyo claro dirigente era D. Juan de Austria, y aunque este utilizó todos sus recursos para desautorizarles, siendo numerosísimas las quejas contra el proceder de ambos ministros desde las más diversas instancias políticas italianas¹⁸⁴, en los años siguientes se hizo patente que la línea política que habían seguido era la deseada por Felipe II. D. Juan fue enviado a Flan-

¹⁷⁷ Según Petrie, Granvela y Terranova boicotearon el socorro de Túnez de forma deliberada, cuando el cardenal fue reemplazado en el virreinato de Nápoles por el marqués de Mondéjar; la situación no cambió sustancialmente, dado que el marqués desde que había combatido en las Alpujarras era hostil a D. Juan, Sessa amigo de Granvela suscribía la política de éste y procuró mantener a D. Juan aislado en Vigevano; Idiáquez, por su parte, negociaba lo de Génova con Doria y la nobleza vieja sin el concurso de D. Juan. CH. PETRIE op.cit. pp.316-319; A. OSSORIO op.cit. pp.39-42; L. VAN DER HAMMEN op.cit. pp.214-227; W. STIRLING-MAXWELL, op.cit., vol.II, pp.48-51.

¹⁷⁸ El marqués de Mondejar a Felipe II, Gaeta 5 de Julio de 1575, AGS. E. Leg. 1066 fol.46.

¹⁷⁹ Nápoles 27 de Septiembre de 1575, AGS. E. Leg. 1066 fol.78.

¹⁸⁰ El embajador veneciano, Lorenzo Priuli, de regreso a Venecia recaló en Génova a fines de 1575 o principios de 1576, justo cuando habían concluido las hostilidades, y observó que todavía se respiraba un ambiente de guerra civil latente "quei cittadini si odiano più che mai", la *Pax Hispanica* ha sido mal recibida y la mayor parte de los genoveses "per necessità verriano a cadere in mano de 'spagnuoli, che sono odiati da loro più assai che i turchi"; E. AUBERT, op.cit., serie I, vol. V, pp.267-268.

¹⁸¹ Giovanni Muro, "Problemi di stratificazione nobiliare nell'Italia spagnola", en *Dimenticare Croce*, Napoli 1991, pp.75-76.

¹⁸² Fernand BRAUDEL op.cit. vol.I p.671.

¹⁸³ Los "nobili vecchi" aseguraban que la mediación papal tenía como objeto erigir al pontífice en rector de la política italiana e insistían en sus memoriales para poner en guardia a Felipe II del peligro que ello suponía, vid. "Memoriale dei deputati in Spagna al Rè Filippo", 20 de Octubre de 1575, R. CASCA op.cit. I, pp.198-199. Sobre el particular, F. M. CARINI, op.cit. p.78.

¹⁸⁴ Hubo quejas de los Médicis contra Zúñiga, expresadas por el cardenal de Médicis al rey (Felipe II a Zúñiga, 20 de Junio de 1573, AGS. E. Leg. 921 fol.186), del Papa que, según Colonna, en Septiembre de 1573 "sta malissimo satisfatto" con Zúñiga y Granvela (Fulvio Tolomei a SM, Madrid 24 de Septiembre de 1573, AGS. E. Leg. 921 fol.33-4).

des, pues el rey sabedor, por los informes que le remitía Zúñiga, de los manejos secretos que tenía su secretario Escobedo con el pontífice no quería ni oír hablar de una prolongación de la permanencia de su hermano en Italia, ni de tenerlo en la Corte¹⁸⁵.

7. La Monarquía Católica y la "Paz de Italia"

Con la marcha de D. Juan de Italia, parecía cerrarse una época (de hecho Felipe II no nombró ningún sustituto para el cargo que ocupaba al mando de la flota del Mediterráneo¹⁸⁶) y en lo sucesivo, la Monarquía de Felipe II se desentendería de futuras ligas o proyectos universalistas para atender sus propios intereses¹⁸⁷. La Liga y la consecución de ligas habían constituido un último esfuerzo de los pontífices para recuperar el liderazgo sobre la Cristiandad, hasta 1576 este proyecto se creyó compatible con los intereses de la Monarquía Católica, y así parece que lo entendieron los jesuitas y el partido ebolista; sin embargo, la articulación de la política exterior a través de esta perspectiva lejos de resultar atractiva, era rotundamente rechazada por Felipe II, aceptar dicho criterio hubiera sido aceptar la intromisión del poder del Papa en el gobierno y la dirección de los Estados, restándole soberanía, por mucho que esta dirección se declarase carismática¹⁸⁸.

¹⁸⁵ W. T. WALSH, op.cit. p.607-616; L. VAN DER HAMMEN: "Davale cuidado al Rei la correspondencia de D. Juan con Su Santidad; porque el comendador mayor de Castilla, D. Juan de Zúñiga le había avisado, que aunque Escobedo llevaba nombre patente de sus comisiones, tenía inteligencias y vistas con algunas personas particulares, sin saberse el misterio dellas" (...) "El Rei no quería tuviese (D. Juan) mas voluntad que la suya, ni mas honor y bien que el que el le diese, y así mandó con duplicado orden caminase luego desde Milán a Flandes", op.cit. pp.290-291; W. STIRLING-MAXWELL, op.cit. pp.121-128; Sobre la situación de D. Juan en la Corte vid. Relación de Badoero (1578), E. ALBERI op.cit., serie I, vol. V p.278 y 280. El duque de Alba y el prior de Toledo manifestaron en el Consejo de Estado su voto en contra, por considerar a D. Juan incapaz de cualquier responsabilidad de gobierno, siendo preciso alejarle y entretenerle en acciones militares, el cardenal Quiroga, Antonio Pérez y —como dice Marañón— "los que obedecían al Vaticano", insistieron en su nombramiento, alentando la quimera de su posible entronización en Inglaterra pero también alejándolo de la Corte, donde podía competir por hacerse con la dirección de la facción "propontificia", G. MARAÑÓN, op.cit. vol.I, p.223. Esta amenaza se repitió en 1577, cuando D. Juan, convencido de haber dado fin a la pacificación de los Países Bajos: "porque el príncipe nuestro señor es niño, convendría que el (Rey) tuviera en quien descargar; y que, habiendo visto con la sagacidad, prudencia y cordura con que Su Alteza (D. Juan) gobierna en estos negocios, parece que es sujeto en quien cabe este lugar; y que, como dice la Escritura, fue Dios servido por su cristiandad para báculo de la vejez", Escobedo a Pérez, 7 de Febrero de 1577, Koninklijke Bibliotheek, La Haya, Ms. 128.b.3, ff.12v.-16, citado por Geoffrey PARKER, *Felipe II*, 2a.ed. Madrid 1993, p.176.

¹⁸⁶ Rel. de Francesco Morosini, E. ALBERI, op.cit., serie I, vol. V.

¹⁸⁷ Para preservarlos buscó la tregua con el turco, haciendo oídos sordos a las peticiones de Gregorio XIII de constituir una nueva Liga. En este caso se actuó con "disimulación" para no perder los subsidios y gracias concedidas cuyo propósito era hacer frente a los gastos de la lucha contra el Islam, vid. Angel FERNÁNDEZ COLLADO, *Gregorio XIII y Felipe II en la nunciatura de Felipe Segá (1577-1581)*, Toledo 1991, pp.101-133; A. TAMBOREA, op.cit., p.21.

¹⁸⁸ Leopold von RANKE, *La Monarquía española de los siglos XVI y XVII*, México 1948, p.76; M. van DUBBE, *El cardenal Granvela (1517-1586)*, Barcelona 1957, pp. 344-354; F. BRAUDEL, op.cit., vol.II, p. 712; P. PIERSON, op.cit., pp. 133-135. Esta situación la refiere el embajador veneciano Zane contraponiendo el universalismo de Granvela en sus últimos años con el rey: "La natura del cardinale è esecutiva, pronta, e risoluta; quella del re tutta flemma, tutta sodezza. Il cardinale vorrebbe che il re non par avesse per fine il conservar il suo, ma conseguir la monarchia universale (...) ma al incontro il re ha per fine di conservar l' acquistato, che è molto". Rel. di M. Zane, 1584, E. ALBERI, op.cit., serie I, vol. V, pp.357-358.

Los proyectos "universalistas" habían puesto de manifiesto la existencia de un grave problema intrínseco a una entidad política que pretendía cohesionarse bajo el concepto *Católico*, y era el hecho de que toda política católica si no partía de Roma al menos debía contar con su ratificación. Pero esta situación anómala de dos fuentes de poder, pondría de manifiesto que entre los ministros y oficiales de la Monarquía se daba de forma natural una doble fidelidad al rey y al Papa, la cual podía resultar conflictiva cuando chocaban los intereses de ambos soberanos¹⁸⁹. No era posible prescindir de Roma, la política confesional desarrollada por la Monarquía hacía que su autoridad dependiera en gran parte de concesiones que el Papa tenía en sus manos conceder o retirar, la constatación de este hecho hizo que hubieran de secundarse buena parte de las iniciativas papales¹⁹⁰. Para mantener su independencia y fortalecer la autoridad de la corona, tratándose de un príncipe fervientemente católico, solo cabía tener al Papado sujeto, por tal motivo la Monarquía Católica debía imponer la paz de Italia, que tenía un significado muy distinto del concepto universalista con que la habían dotado los pontífices, entendiéndose por tal el mantenimiento del *status quo*, de conservación de lo ganado y de mantenimiento del estado de cosas tal cual era¹⁹¹, viniendo al caso la denuncia que hiciera Trajano Boccalini cuando escribió que so pretexto de preservar la paz, España dominaba Italia, para dominar al Papado¹⁹². Y, a este fin se dirigieron los esfuerzos por transformar la Liga Santa en "Liga de defensa de Italia".

En 1576, mientras se apagaban los rescoldos de la guerra genovesa, Felipe II había tomado ya conciencia de que la Iglesia era un conflictivo rival del poder monárquico, la dura experiencia de la guerra contra Paulo IV en 1557 había aportado la enseñanza de que no debían descuidarse las relaciones con la curia para obtener un Papa favorable en los cónclaves¹⁹³, después de los pontificados de Pío V y Gregorio XIII, se podía recoger también otra experiencia y es que ni siquiera los papas mejor dispuestos iban a subsumir los intereses de la Santa Sede a los de la

¹⁸⁹ Sobre el particular vid. Ignacio J. EZQUERRA REVILLA, *El ascenso de los letrados eclesiásticos: el presidente del Consejo de Castilla Antonio Mauriño de Pazos (1578-1582)*, Memoria de licenciatura inédita, Depto. Historia Moderna, Universidad Autónoma de Madrid, Mayo 1994, pp.109-154. Cita al respecto una carta de Pazos, miembro del partido pro pontificio, donde da fe de esta doble fidelidad "como clérigo e súbdito del Papa le deseo toda la autoridad y obediencia del mundo e como vassallo e mynistro de su Magestad no puedo excusar de no dezirle los excessos destos mynystros que tan desenfrenados caminos andan por sus particulares designios" (original en IVDJ. E.21, caja 32, n.851).

¹⁹⁰ El rey prudente, escribió en las instrucciones a su sucesor que "debía temer y respetar al Papa" no sólo por la religión, sino por sus posesiones en Italia y "por tener súbditos espirituales en todo el mundo, por levantar el juramento de fidelidad a los vasallos, por su mucha facilidad para atraer a los reyes y potentados a ligas y confederaciones, y porque amigos daban gran autoridad y enemigos la quitaban", P. Julián ZARCO CUEVAS, "Ideales y normas de gobierno de Felipe II", Conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia, Madrid 7 de Abril de 1927.

¹⁹¹ Franco MEREGALLI, "La presencia de la España de Felipe II en Italia según Scipione Ammirato", *Hispania*, XXXIII, n.125, enero-abril 1973. La política de conservación y de mantenimiento del estado de las cosas tal cual eran, queda perfectamente reflejada en una "Minuta de Mateo Vázquez corregida de mano del rey para el marqués de Ayamonte —gobernador de Milán— sobre plática con el duque de Saboya", Madrid 18 de Rebrero de 1578; Carlos RIBA, *Correspondencia privada de Felipe II con su secretario Mateo Vázquez (1567-1591)*, Madrid 1959, pp. 158-162. Sobre esta política de la "quietud" y de desplazar a Italia del centro la escena política internacional vid. Antonio COSCI, *L'Italia durante le preponderanze straniere*, Milano 1875, pp.84-86.

¹⁹² P. PRODI, op. cit., p. 328.

¹⁹³ Ricardo de HINOJOSA, *Felipe II y el Conclave de 1559*, Madrid 1889, pp.101-103.

Monarquía¹⁹⁴. Ya en 1574, ante la cadena de conflictos jurisdiccionales planteados con la Iglesia¹⁹⁵, era precisa una clara separación más que una "unificación" entre las políticas desarrolladas por Roma y la Monarquía, por lo que Felipe II escribió a sus enviados ante el Papa que "no es obligado el príncipe seglar a cumplir los mandamientos del Papa sobre cosas temporales"¹⁹⁶.

8. Abreviaturas y siglas empleadas

AZ. Archivo Zaballuru (Heredia Espínola).

AGS. Archivo General de Simancas.

E. Estado.

BL. British Library.

CODOIN. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España.

CSP. Calendar of State Papers.

EA. *Epistolario del III duque de Alba*, III vols., Madrid 1952.

MHSJ. Monumenta Historica Societatis Iesu.

¹⁹⁴ Agostino BORROMEO, "España y el problema de la elección papal de 1592", *Cuadernos de Investigación Histórica*, n.2, tomo I, 1978, pp.175-200.

¹⁹⁵ Según Ranke, Gregorio XIII "seguía siempre un concepto jurídico absoluto", tras Trento, "el principio eclesiástico disponía de muchos derechos que no tenía más que hacer valer". Los conflictos más agudos se dieron no sólo con España o las autoridades civiles de los Estados Pontificios, también con Venecia, Toscana, Parma, Ferrara y el Imperio, Leopold von Ranke, *Historia de los Papas*, México 1943, pp.197-200. Sobre los aspectos organizativos del pontificado de Gregorio XIII vid. Mario CARMALE, "Lo Stato Pontificio da Martino V a Gregorio XIII", en Mario CARMALE, Alberto CARACCIOLLO, *Lo Stato Pontificio da Martino V a Pio IX*, Torino 1978, pp. 336-356.

¹⁹⁶ Gaetano CATALANO, *Controversie giurisdizionali tra Chiesa e Stato nell'età di Gregorio XIII e Filippo II*, Palermo 1955, p.241.